

BOLSLEROS DRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

REQUIEM POR NAN

Mark Halloran



SS

SERVICIO SECRETO



MARK HALLORAN

RÉQUIEM POR NAN

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.438

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 46.933 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: febrero, 1978

© Francisco Bruguera - 1954

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los talleres Gráficos de Editorial Bruguera S. A.
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) - Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

El *multicolore* se juega en el famoso Café de París y es uno de los muchos sistemas, acaso el más recientemente introducido, que se practican en Montecarlo para vaciarle el bolsillo al turista.

Milton Robbins había empezado con quinientos francos y por puro capricho, para matar el tiempo. Su primera apuesta fue al azul y ganó. Cobró doce mil francos. Media hora más tarde, tenía casi doscientos mil, le zumbaban los oídos y se resistía a creer en su buena suerte.

Entonces se retiró. Alto, gallardo, curtido por el sol, enfundado en su estupendo *smoking* blanco, no parecía lo que era, sino más bien un heredero ocioso, un diplomático o un vividor. Sin embargo, cuando con una generosa propina al *croupier*, abandonó la mesa y se trasladó al bar y pidió una botella de «Ruban Rouge» para celebrar el acontecimiento, el hombre sentado en uno de los escabeles —un hombre de cara enjuta, largos dientes y cabello rojizo, que parecía borracho y probablemente lo estaba—, le identificó.

—Americano —dijo, olfateando los residuos de *whisky* y soda que tenía en el vaso—. Y periodista.

Robbins le examinó de reojo mientras el barman, como cumpliendo con un ritual, descorchaba la botella y la metía en un cubo de hielo.

—¿Es usted vidente?

El hombre sacudió melancólicamente la cabeza.

—Soy Jason Stockes.

—Quiero decir si puede usted ver lo que es invisible para los demás.

—Sé lo que quiere decir. Me llamo Jason Stockes. Coincidió anteayer con usted en la fiesta de Salustio Barbosa y le vi hacer información. Asistí a sus entrevistas con Barbosa, con Alí Khan y con Martine Carol. Me gustó la mala sangre que pone en sus

preguntas. ¿Le he dicho que me llamo Jason Stockes?

—Sí.

El hombre semejó defraudado.

—Bueno, eso es todo.

El champaña estaba helado y era excelente.

—No se puede ir por el mundo —dijo Robbins, saboreándolo—, sin saber cuál es la última copa, la que le tumba a uno. ¿Lo sabe usted? ¿Sabe si está lejos de ella todavía?

Jason Stockes seguía estudiando su vaso con atención.

—¡Oh! Me faltan lo menos cuatro o cinco. Seis, quizá, si como algo.

—Coma algo. No es sano para el espíritu beber champaña a solas. Vamos, venga para acá.

Stockes, inseguro, se trasladó de escabel e hizo seña al *barman*.

—Unos canapés de caviar —pidió.

Cuando los tuvo, los devoró como si estuviera muerto de hambre. Robbins le llenó la copa tres veces. Stockes disimuló un eructo.

—Llevo lo menos un litro de *whisky* dentro —declaró—. Supongo que si mezclo iré más deprisa.

—¿Para qué necesita ir deprisa?

—He empezado a beber por ahí con la idea de emborracharme hasta reventar. Lo hubiera conseguido ya si no me doliera el estómago y si no fuese tan caro... Cuerno, parece mentira. Le cuesta a uno un riñón.

Robbins le examinó con interés.

—Me dirá que eso es divertido, claro.

—¿Divertido? —Stockes torció la boca en una mueca amarga—. ¿Quién ha hablado de diversión?

—Pensé que celebraría su cumpleaños, o algo semejante.

Stockes eructó, sin disimulo esta vez.

—Usted está loco.

—¿Y usted, no?

Chasqueando los dedos, Stockes pidió al barman otra botella.

—A lo mejor resulta que puede usted ayudarme —anunció, pensativo—. Es usted despierto y se habrá encontrado metido en líos la mar de veces... Tendrá experiencia, qué sé yo. Yo no tengo nada.

—¿Está en un apuro?

—Horroroso. Se trata de mi chica.

—Faldas.

—No lo diga de ese modo. —Stockes se molestó—. No vivo, no duermo, no me aguanto en pie por causa de ella.

—¿Disgustos?

Sin responder, Stockes inclinó la cabeza y empezó a registrarse los bolsillos. Sacó una hoja de papel arrugado, la extendió sobre el bar y procedió a alisarla con el canto de la mano. Luego, todavía en silencio, se la tendió a Robbins.

Éste leyó:

«Querido: No me busques ni trates de seguirme. Me voy. Las circunstancias lo quieren así y es mejor para los dos. Procura olvidarme. Hasta nunca.

»Nan».

—¿Se llama Nan?

—Nan Carruthers. Usted probablemente la conoce. Trabajaba como taquimeca en el consulado.

—No la recuerdo. Bien, ¿qué ha ocurrido?

—Lo que indica la carta. No sé, no lo entiendo, no consigo explicármelo. Se ha ido, ha desaparecido de Mónaco. La carta la he recibido esta mañana, y aunque ella me pida lo contrario, he pasado el día registrando cielo y tierra en su busca. Inútil, amigo. Ya ve, he pensado que emborracharme era lo mejor.

—¿Qué dicen en el consulado?

—Se muestran tan sorprendidos como yo.

Robbins arrugó el entrecejo.

—¡Qué extraño! Esa muchacha ¿estaba en sus cabales?

—Completamente. Era la chica más sensata, más cuerda y más formal del mundo. Exactamente lo que yo necesitaba...

—No lo tome así, Stockes. Reflexione. Ha de haber a esto una explicación. Supongamos... que existiera otro hombre. Otro hombre, ¿me oye?

Stockes derramaba lágrimas como garbanzos.

—Imposible —replicó—. Ella no era de esas. Seria, fiel hasta la muerte. Ni frívola ni nada.

—Expresa en su carta que «las circunstancias lo quieren así». ¿A qué circunstancias se refiere?

—Lo ignoro en absoluto.

—¿Tenía en su vida problemas importantes?

—Ninguno... ninguno que llegara hasta mí.

—Por Dios, Stokes, ¿se da cuenta de que esto es incomprensible?

—¡Claro que es incomprensible! Amigo, exceptuado el cónsul, es usted la primera persona que se entera de lo que ha pasado. El cónsul me indicó esta mañana que guardara reserva en tanto él iniciaba sus gestiones. Si éstas no daban fruto en veinticuatro horas, lo comunicaríamos a las autoridades del Principado, a la policía francesa y a la italiana. En ello estamos aún. Si puede usted hacer algo por mí, se lo agradeceré con el alma, con el corazón, con... Bueno, con lo que sea.

—Ante todo, ¿quién es usted? No me diga que es Jason Stokes. ¿A qué se dedica?

—Trabajo en París, en el Cuartel General de la NATO. Estoy aquí de vacaciones.

—¿Desde cuándo conoce a Nan Carruthers?

—Hará... pues casi un año, desde que llegué de Estados Unidos. La conocí en la Embajada. Ella estaba entonces en París. La trasladaron a Montecarlo al cabo de un mes y he venido a verla cuantas veces me ha sido posible.

—¿Tiene alguna foto suya?

—Sí.

Stokes sacó un billetero del bolsillo interior de su chaqueta, lo abrió y mostró al periodista una fotografía protegida por una lámina de plástico.

—Parece buena chica —articuló.

—La mejor del mundo.

—¿Me presta esa foto?

—¿Va usted a hacer algo? —Con dedos nerviosos, Stokes libró la fotografía de su envoltura de plástico—. ¿Va a ayudarme?

—Por lo menos lo intentaré. Deme más informes, más detalles. ¿Tenía amistades Nan?

—Creo que salía algunas veces con la señora Weekes, que vive en su mismo hotel.

—¿Qué hotel?

—Aux Belles Françaises.

—¿Y en el consulado?

—No... no era dada a fraternizar. Muy reservada, ¿entiende?

—¿Qué medios frecuentaba? ¿El Sporting Club? ¿El Casino? ¿Jugaba?

—¡No, no, no... nada de eso! No frecuentaba medio ninguno. Trabajaba, leía, pintaba, salía un rato a tomar el fresco al atardecer.

—¿Pintaba?

—Sí, por afición. Deliciosamente, como todo lo suyo, pero sin pretensiones. Le mostraré algunos de sus cuadritos, si lo desea.

—No importa ahora. Usted, ¿dónde vive?

—En el Chateau Toulon.

—¿Quiere que le acompañe?

Stockes extendió rápidamente la mano hacia la segunda botella de champaña.

—¡Oh, no! Necesito quedarme aquí hasta el final.

—¿Sabe cuál será el final?

—Me echarán. Da lo mismo.

Robbins le dejó y salió. Frente al Café de París había una parada de taxis. Tomó uno.

—Al consulado de Estados Unidos —ordenó al conductor.

Se recostó en el asiento y sonrió. El champaña, el dinero y la conversación con Jason Stockes le habían sentado bien. Era feliz.

CAPÍTULO II

—Grimm —le dijo Robbins. Le conocía, le había pagado dos copas en cierta ocasión y estaba con él en excelentes relaciones—. Grimm, ando buscando a Nan Carruthers. Usted debe saber muchas cosas de ella.

Grimm miraba el interior de la cazoleta de su pipa.

—Buena pájara —respondió.

—¿Por qué? ¿No era lo que aparentaba?

—Era exactamente lo que aparentaba: un pozo de secretos, una máquina para el trabajo, un reloj humano y la eficiencia en persona. Incapaz de entender una broma. Cargada de sensualidad histérica, pero dispuesta a tumbar de un tortazo al loco que intentara besarla. Puede que conozca usted el tipo. Cuando yo era chico e iba a la escuela, mi maestra era así. Criaba gatos. Fingía mirar siempre a los gatos y a quienes miraba, si ellos no se daban cuenta, era a los hombres.

—Grimm —dijo Robbins, admirado—, es usted un psicólogo.

—Desde que no trabajo he aprendido a conocer a las personas.

—¿Sabe que Nan Carruthers ha desaparecido?

—Sé que no ha venido a la oficina hoy.

—¿Supone por qué?

—Pregúnteselo a su novio.

—Él lo ignora.

—Pregúntele si la ha asustado de algún modo.

—Lo raro —Robbins miraba fijamente al conserje es que las mujeres como Nan no suelen tener novio, Grimm.

—Porque no suelen encontrar hombres como Stockes.

—¿Qué me dice usted de él?

—Basta verle la cara para saber que vive en la luna, que piensa en las musarañas, que le asustan las mujeres de verdad y que sueña en idilios espirituales y en valsos de Strauss.

—A mí no me dio del todo esa impresión. Le encontré borracho.

—Sería por eso, porque le encontró borracho.

—¿Usted sabe a qué se dedica, qué clase de tipo es en sus cosas, en qué concepto se le tiene?

—No, no, yo no le conozco más que de vista. Trabaja creo que en París. Aquí viene muy de vez en cuando.

—¿Qué hace Nan cuando él no está?

—Nada.

—Vamos, Grimm, a usted no le pasa un detallé inadvertido: ¿Qué hace? ¿Con quién se la ve?

—Pues... se la ve con una señora...

—¿La señora Weekes?

—No la conozco, es inglesa.

—¿Algún hombre?

—Deje que recuerde.

Grimm se puso calmosamente a cargar su pipa.

—¿Y bien? —preguntó Robbins, cuando terminó.

—No sé si le servirá lo que voy a decirle. —El conserje se encogió de hombros—. Una noche, hace de esto como dos semanas, descubrí a Nan sentada con un hombre a una mesa de la *cave* del Café de la Riviera. Estaban en un rincón mal alumbrado. El hombre no era Stockes. Era un punto melenudo, barbudo, con una cara así como de judío bíblico, que vestía una blusa negra y unos *shorts* y calzaba sandalias. Uno que seguía la moda, pensé. Al cabo de un par de días vi su foto en un periódico y me enteré de que era un poeta y se llamaba Zarakelian. No olvido nunca los nombres: Inno Zarakelian. Suena bien.

—¿Con motivo de qué se publicaba su foto?

—Había hecho unas declaraciones sobre la paz.

—¿Qué periódico era?

—Uno francés.

—Las declaraciones sobre la paz, por lo general, aparecen en periódicos comunistas.

—No lo compré ni lo leí, sólo lo vi colgado en un quiosco.

—¿Habló con Nan de ese hombre?

—Le gasté una broma al día siguiente. No fue exactamente hablar. Me fulminó con la mirada y me acusó de haber soñado.

—Luego, ¿negó que hubiera estado con el tal Zarakelian en la

mesa de un café la noche anterior?

—Rotundamente.

—¿Y me asegura usted que no se equivocó?

—Lo juraría. Nan es inconfundible.

—Bien, Grimm, todo eso puede resultar muy importante. Procuraré tenerlo en cuenta.

—Oiga.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que pasa con Nan? Stockes ha venido esta mañana lloriqueando y ahora usted...

—Le digo que ha desaparecido. Stockes me ha pedido que la busque.

—¿Desaparecido completamente?

—Al parecer, sí. Atienda, Grimm, ¿quién podría contarme más cosas de ella? ¿Quién la trataba en el consulado?

Grimm había encendido su pipa y olfateaba recelosamente el humo que salía de la cazoleta.

—Por ahí no conseguirá nada —replicó—. Nan era un témpano, iba a lo suyo y si le dedicaba a alguien un «buenos días» era porque no le quedaba otro remedio. Además, en las oficinas no hay ahora nadie. Cerramos a las cinco, no volverán hasta mañana por la mañana.

—Lo sé. ¿Dónde encontraré al cónsul? ¿En su casa?

—Quizá. O no, aguarde... Esta noche se celebra en la piscina Olímpica un festival de natación. Al cónsul le gustan estas cosas.

Robbins asintió.

Dejó al conserje, volvió a su taxi y se hizo conducir al extremo de la playa. La piscina Olímpica estaba junto al mar.

El cónsul ocupaba una mesa con su esposa y otro matrimonio que a Robbins le era desconocido. Un leve surco apareció en su entrecejo cuando éste se les aproximó.

—¿Podría concederme unos minutos?

—¿Ahora? Usted es Milton Robbins, el corresponsal de la cadena Ground, si no me equivoco.

—En efecto.

—¿No puede esperar a mañana?

—Lo siento, señor, se trata de algo muy importante.

Aunque a desgana, el cónsul se levantó y se excusó ante sus

acompañantes. Condujo a Robbins al borde de la terraza, entre las palmeras.

—Usted dirá.

—Necesito su ayuda, señor. Estoy investigando la inesperada desaparición de una muchacha... una compatriota.

—¿Una muchacha? ¿Se refiere a Kitty Morgan?

Robbins miró al cónsul fijamente.

—A mí me han dicho que se llama Nan Carruthers. Trabajaba en el consulado.

El cónsul desvió la mirada para sacar la pitillera, ofrecerla a Robbins, que movió negativamente la cabeza y encender un cigarrillo.

—¿Quién le ha hablado de Nan Carruthers? —preguntó, con sequedad.

—Stockes, su prometido. Intervengo en esto a petición suya.

La cara del cónsul semejaba cubierta por una sombra.

—Ése... ese mentecato... Muy bien, Robbins —suspiró—, pues lo siento. Respecto a eso, no tengo ninguna declaración que hacer.

—No quiero una declaración. No le hablo como periodista.

—¿Qué quiere entonces?

—Datos, circunstancias, informes, todo cuanto pueda servirme para encontrar a Nan. Estoy empezando a buscarla.

—No siga.

—¿Cómo?

—¡Que no siga buscándola! El asunto no es de su incumbencia. Olvídelo, échele tierra encima. Yo cuidaré de Stockes, Usted ocúpese de guardar silencio y de no mencionar este incidente en sus crónicas.

Robbins se quedó estupefacto.

—Un momento. ¿Le he entendido bien? ¿Me prohíbe hablar en mis crónicas de la desaparición de Nan Carruthers?

—Me ha entendido bien. Y basta, Robbins.

—Eh, no puedo... No, ¡qué va! ¿A qué viene tanto misterio? ¿Hay mar de fondo?

—Suponga que lo hay.

El periodista reflexionó rápidamente.

—¿Relacionado con Inno Zarakelian? ¿Relacionado con sus declaraciones en favor de la paz? ¿Por qué? ¿Es comunista

Zarakelian? ¿Va por ahí la cosa?

El cónsul no disimuló su asombro.

—¿Quién es Zarakelian? ¿Qué sabe usted de...?

—Todo lo que sé me lo ha dicho Grimm, pregúntele a él. Y sea sensato, por Dios. Su actitud sólo oscurece más el cuadro. No tiene derecho a callar cuando un hecho evidentemente importante se ha producido.

El cónsul fumaba con fría deliberación.

—Le diré una única cosa, Robbins: *no se meta en esto*. Si comete la menor tontería, haré que le devuelvan inmediatamente a casa.

—Trabajo tendrá para lograrlo.

—Por lo menos, que le expulsen de Mónaco, de Francia incluso.

—Trabajo tendrá también. ¿Eso es todo?

—Repito que lo siento, Robbins. Todo.

Furioso, a la vez que sorprendido, el periodista se retiró. Acariciado por los focos, un atleta se lanzaba al agua desde el trampolín. Robbins contempló, parado en un ángulo de la piscina, cómo el cónsul regresaba a su mesa, y luego vaciló.

El taxi le esperaba todavía.

—Aux Belles Françaises —le dijo al conductor.

El hotel era modesto y antiguo, situado en la aglomeración de casas del extremo meridional de la ciudad. Tenía en el *comptoir* a un empleado anciano de grandes bigotes y bonachona mirada.

—¿La señora Weekes?

El empleado asintió y pulsó una clavija en la tabla telefónica, al tiempo que descolgaba el aparato. Esperó con este pegado al oído. Robbins miró qué número ostentaba la clavija. Era el veintidós.

—No está en su habitación, *monsieur*. Probablemente la encontrará en la terraza. Al fondo, por allí.

CAPÍTULO III

La terraza olía a humedad y estaba llena de plantas, mesas y sillas de lona. Tendida en una de éstas, según a Robbins le indicó un camarero, se hallaba la señora Weekes. Miraba al cielo y no se movía. Tenía al lado un servicio de té y en el regazo una revista titulada *Boletín de la Liga Internacional Pro Templanza*. Robbins sintió un estremecimiento cuando leyó este título, al aproximarse a ella.

—Dispénseme, señora Weekes.

La mujer bajó los ojos del cielo y los posó en el periodista.

—¿Qué desea?

La pregunta no invitaba a proseguir, pero Robbins prosiguió:

—Unos minutos de conversación, señora, si no la importuno. Acerca de la señorita Carruthers.

—¿Quién es usted?

—Simplemente, uno de sus compatriotas interesado en ayudarla. Me llamo Milton Robbins.

—¿Otro fisgón? ¿Cómo sabe que ella necesita ayuda?

—Hago esta gestión por súplica especial del señor Stockes. No sé, naturalmente, si la señorita Carruthers necesita ayuda o no, pero creo muy probable que la necesite si se toma en consideración que salió de este hotel ayer tarde, dispuesta aparentemente a dar su paseo cotidiano, y no se han recibido más noticias de ella.

Las claras pupilas de la señora Weekes chispeaban.

—Acláreme una cosa, caballero. ¿Por qué no se ha dado parte de esto a la policía?

—La cuestión corresponde aclararla al cónsul. Según entiendo, se admite un compás de espera prudencial antes de otorgar estado oficial a la desaparición. Es preciso considerar que la señorita Carruthers pertenece al personal consular de Estados Unidos. Sospecho que nuestro cónsul trata simplemente de prevenirse contra el escándalo.

—¡Contra el escándalo! ¿Qué insinúa usted?

—Se ignoran por completo los motivos de la desaparición —dijo Robbins, intencionadamente.

La señora Weekes pareció a punto de montar en cólera, pero respiró hondo y se dominó.

—Usted cree, entonces, que ha sufrido un accidente.

La mujer titubeó una fracción de segundo.

—Sí.

—¿Ha hablado usted con el cónsul de Estados Unidos?

—Se ha limitado a preguntarme si conocía el paradero de la muchacha. Le he contestado que no, es la verdad.

—¿Y con el señor Stockes?

—Lo mismo.

Robbins cogió una silla y se sentó.

—Pero usted sabe algo más —afirmó, recalcando las palabras—. Usted no cree en un accidente, señora Weekes. Usted ha formado su propia hipótesis.

La señora Weekes guardó silencio.

—Nan Carruthers poseía una intensa vida interior —dijo después—. Era un espíritu privilegiado, de una sensibilidad exquisita. Yo había tenido ocasión de observar cuánto la turbaban las visitas a Montecarlo del señor Stockes. Y conste que no le acuso de nada a él. El señor Stockes es un perfecto caballero.

—Entiendo —gruñó el periodista—. Alguien me ha sugerido que le pregunte a Stockes si la asustó de un modo u otro. ¿Es a eso a lo que usted se refiere?

—La actual visita —prosiguió la mujer, como si no le hubiera oído—, es más larga y más importante que las anteriores. El señor Stockes se proponía convencerla de la conveniencia de contraer matrimonio cuanto antes. Ignoro, aunque puedo imaginarlo, cómo reaccionaría una muchacha virtuosa de las condiciones de Nan Carruthers ante el pensamiento de que las manos de un hombre se posaran algún día en ella.

—¿Es usted casada, señora Weekes?

—Enviudé hace cuarenta y dos años.

Robbins sonrió.

—¿Qué es lo que está sugiriéndome? ¿Qué la oferta de matrimonio aterrorizó a Nan Carruthers y la indujo a emprender la

fuga sin preparación, sin rumbo, sin itinerario?

La mujer alzó sus flacos hombros, pero no respondió.

—Entonces, ¿supone que reaparecerá cuando venza la crisis?

—Es usted quien ha mencionado mi hipótesis.

—Por descontado, señora. Dígame, ¿qué fue lo que inclinó a usted y a Nan Carruthers a trabar mutua amistad?

—Coincidencia de gustos, de opiniones, de puntos de vista.

—¿Habló de la desigualdad de clases, del oprobio del capitalismo o de la plusvalía del trabajo?

—Habló de caridad.

—¿Y de poesía?

—De poesía, de pintura, de música, de todas las artes. Pintaba. Debiera usted ver sus cuadros.

—¿Qué habitación ocupaba aquí?

—La contigua a la mía.

—¿Veintiuno?

—Veintitrés.

—Aparte Stockes y usted, ¿qué amistades tenía? ¿La vio saludar a alguien en particular? ¿Recibió visitas? ¿O cartas?

—¡No!

La viveza del interrogatorio estaba irritando a, la señora Weekes.

—¿Tampoco de Stockes recibía cartas?

—Sí, de Stockes, sí. —La mujer se acomodó en la silla—. A veces me leía fragmentos. Eran hermosas.

—¿Osadas?

—Quizá pudieran ser osadas, pero las ideas estaban expresadas de modo verdaderamente sublime.

Sonriendo, Robbins retiró su silla y se puso lentamente en pie.

—Bien, señora Weekes, creo que esto será todo. Me ha atendido usted con maravillosa generosidad, y espero que entre los dos podamos hacer algo útil en favor de esa muchacha. Si algo recordara usted, si algo ocurriese, si para algo me necesitara, paro en el Albert I. Tenga la bondad de telefonearme.

La mujer le miró directamente al rostro.

—Temo que no debiera haberle dicho tanto. Tiene usted un modo de... de arrancar las palabras...

Robbins rió.

—Pero luego no me las arrancan a mí. Buenas noches, señora.

Instantes más tarde, se encontraba a la puerta de la habitación 23, donde todavía la víspera vivió Nan Carruthers.

Robbins, con todos los sentidos prestos a captar cualquier rumor próximo, sacó un llavero del bolsillo y separó de él un alambre grueso torcido de forma especial. Se agachó ante el ojo de la cerradura y operó unos minutos. Se interrumpió para variar ligeramente la curvatura del alambre. Volvió al trabajo. Al fin sonó un chasquido. El periodista empujó la puerta y ésta se abrió.

Entró y la cerró a su espalda. Encendió la luz. La habitación no era ni más ni menos modesta de lo que el tono general del hotel permitía suponer. Lo que primero se hallaba en ella a la vista eran las acuarelas prendidas en una de sus paredes. Había también un caballete vacío, unos soportes, una caja y unos trebejos de pintura. Al fondo, la cama. En el lado contrario, un ropero. En medio, una mesa. Más allá, una cómoda.

Robbins dedicó a las acuarelas su atención. Una ojeada superficial bastó para sorprenderle: no eran ni ramplonas, ni almibaradas, ni superficiales, ni mucho menos tenían aspecto de estampa en tecnicolor. Por el contrario, eran excelentes. Todas habían sido pintadas en los bellísimos alrededores de la ciudad — bosques, rocas, acantilados, jardines exóticos, los *links* de golf de Mont-Ángel—, y casi todas tenían el mar por fondo. Denotaban buena técnica, pero especialmente una visión audaz, original y viva del paisaje.

El periodista se rascó la cabeza, pensativo. Luego se trasladó a la cómoda. Encima encontró una edición de Longfellow, muy manoseada, con notas críticas, fechada en Boston. Junto a la cama se veían tres libros más, que examinó antes de seguir adelante. Poetas también, un americano y dos ingleses: Walt Whitman, Shelley y Keats.

Los cajones de la cómoda estaban casi todos vacíos, pero la ropa interior, los camisones y las medias que contenían, le hicieron a Robbins sonreír. Se preguntó en qué tienda de antigüedades habría Nan Carruthers adquirido aquellas reliquias del pasado.

CAPÍTULO IV

Robbins no se volvió hasta que el hombre estuvo dentro del cuarto. Era un hombre bajito, vestido de azul, sin corbata, calvo, un poco ventrudo y con cara de tendero. Pero sus duros ojos no eran los de un tendero. Por añadidura, empuñaba una negra pistola.

—Parece que ha tenido usted la misma idea que yo —dijo en francés—. Visitar esta habitación antes de que la selle el consulado de Estados Unidos.

Robbins, inmóvil, medio vuelto, con las manos a la altura del pecho, no supo al principio qué contestar. Tragó saliva.

—¿Usted cree que la sellará? —preguntó, al fin.

—Y usted también lo cree. —El hombre hizo un signo con la pistola en dirección a una butaca—. Vamos, siéntese y no pierda la serenidad. Un norteamericano, ¿eh? —Robbins se sentó—. De esos tipos que comen maíz y en lugar de vino beben Coca-Cola.

—Los norteamericanos, por lo menos, no hablamos en balde.

—Salvo cuando se encuentran en el Congreso. Bueno, ¿qué busca usted aquí y quién le envía? No tema, suéltelo todo sin embarazo. En el Principado carezco de autoridad. Adelante, conecte el micro.

Robbins estudió al hombre con recelo.

—¿Quién cuerno es usted?

—¿Servirá de algo que se lo diga?

—Haga la prueba.

El hombre cuadró los hombros.

—Comisario Latour, afecto al *Deuxième Bureau*.

—¡Oh, es un policía!

—En Francia, no en Mónaco. Y no exactamente un policía, sino un especialista en los servicios de contraespionaje.

—¡Oh! —repitió Robbins, pensativo.

—¿Y usted?

—Un periodista. Milton Robbins, corresponsal de la cadena Ground.

Latour asintió plácidamente.

—Sí, todos dicen lo mismo, a este lado y al otro del telón de acero, sólo que allí los encarcelan igual. ¿Quién no es o ha sido periodista en su país, amigo?

—¿A qué viene eso?

El francés adelantó la pistola.

—¿No ha visto lo que tengo en la mano?

—Sí.

—Pues sirve para obtener informes. Empiece ya.

—Usted desbarra.

—Repito que empiece ya.

Los ojos de Latour no dejaban lugar a dudas respecto a sus intenciones. Robbins, atento a éstas, se preguntó cómo podría zafarse de la situación, o por lo menos, alterarla en su beneficio. De estar el francés más cerca de él, le hubiera quedado el recurso de la violencia, de la sorpresa y de la manifiesta superioridad de su vigor físico sobre el de aquel hombre barrigudo, pero a Latour no debió de pasarle inadvertida esta circunstancia, porque la distancia a que se mantenía era más que prudencial. Robbins sintió calor y se halló, de pronto, incómodo en la butaca.

—¿Qué quiere que le cuente? —preguntó.

Latour esbozó una sonrisa.

—Dónde está Nan Carruthers, por ejemplo.

—Precisamente ando buscándola.

El policía movió la pistola de arriba abajo.

—Antes de continuar, quiero confesarle que tengo ya una opinión formada de todo este asunto y que es muy firme. Le va a usted a costar lo suyo hacerme comulgar con ruedas de molino.

—¿Por qué no expone esa opinión?

Latour levantó la pistola y con el punto de mira se rascó el cuello.

—Ustedes han retirado a Nan Carruthers de la circulación.

—¿Nosotros? —Robbins enarcó las cejas—. ¿A quién se refiere con ese término? ¿Estoy yo incluido?

—Sí.

—Sigue desbarrando. Yo no he retirado de la circulación a nadie. Si lo han hecho las autoridades de mi país, lo ignoro. —El periodista apoyó pesadamente las manos en los brazos del sillón—. A ver si aclaramos esto de una vez, franchute. Me he puesto a buscar a Nan Carruthers por encargo de un compatriota apellidado Stockes, el hombre que aspiraba a casarse con ella. Nada más. El hecho de que me encuentre aquí forma parte de la pequeña investigación que he iniciado.

—No me llame franchute.

—Le llamo como me apetece. A fin de cuentas, ¿cuál es su posición en el embrollo? ¿Qué papel desempeña en este lío su condenado *Deuxième Bureau*?

—No se me ponga melodramático.

—¿Puede contestar a eso?

Latour reflexionaba.

—Es demasiada coincidencia —declaró—. Llego de París en busca de Nan Carruthers, y resulta que se ha esfumado en el momento oportuno. Pues no, no me lo trago. A ustedes les informaron también. Es una cochinateda aprovecharse de un informe facilitado por mera cortesía diplomática para meter el asunto en un pozo y hacerse el babieca, como si oyeran llover. No lo consiento. Yo tengo aquí un deber que cumplir, y lo cumpliré por muchas zancadillas que se me echen. Conque ya está usted abriendo la sesión y soltando el discurso, le guste o no. De lo contrario, habrá tomate.

—Me habla usted en chino. ¿De qué nos informaron a nosotros?

—De que se sospechaba que Nan Carruthers estaba envuelta en lo de las fotocopias.

—¿Qué fotocopias?

—Las escamoteadas de la factoría experimental.

Robbins se llevó las manos a la cabeza.

—Por Dios, amigo, usted me aturde. Yo no sé de eso una palabra.

—¡Qué obstinado!

—Aguarde, no desorbitemos la cuestión. —Robbins se dijo atónito, que le salía al encuentro la información más sensacional con que tropezara en toda su vida periodística—. Si no me equivoco, usted ha venido a Montecarlo al encuentro de Nan

Carruthers.

—No estoy dispuesto...

—¡Cállese! ¿Qué quería? ¿Detenerla?

—No puedo detenerla. Vigilarla, interrogarla, si era preciso, minar el terreno a su alrededor.

—Y se encuentra con que ella ha escapado y cree que las propias autoridades norteamericanas la han quitado de en medio. ¿Para qué? ¿Para eludir un escándalo? ¿Un escándalo de espionaje internacional?

—Quizá para salvar el prestigio. Desde que se imaginan ustedes desempeñar la función directora del mundo, hay que tratarles con pinzas.

—Empiezo a ver claro. —Robbins se restregó nerviosamente el mentón—. Pero refiriéndonos particularmente a Nan, ¿cuál era ese negocio en que estaba metida? ¿Qué hay de esas fotocopias?

Latour, al parecer, se había cansado de la conversación. Miraba por la ventana, que estaba abierta de par en par. Miraba a lo lejos y a su rostro asomaba una expresión nueva.

El periodista no desperdició la oportunidad. Él no miraba más que al policía, y éste era la primera vez que se distraía, mal fuese un instante, desde que entró. Robbins saltó de la butaca como disparado por una catapulta. Asestó un tremendo cabezazo a la mandíbula del hombrecillo, al tiempo que su mano se engarfiaba sobre la pistola y el impacto de su recio cuerpo hundía a Latour con la misma facilidad que si hubiera sido un monigote deshuesado.

El cabezazo dejó al comisario sin conocimiento. Viéndole inofensivo y tan quieto, Robbins se enderezó, sonrió y le soltó la pistola encima del estómago. Pero entonces, al hallarse aproximadamente donde Latour estuvo en pie, descubrió qué era lo que había reclamado la atención de éste durante aquella decisiva fracción de segundo.

Debido a la disposición escalonada del terreno y a que no tenía ningún edificio suficientemente alto delante, la ventana ofrecía una amplia vista de la playa, la bahía y el puerto. Robbins distinguió en mitad del agua un fulgor rojo. Algo ardía allí despidiendo grandes llamaradas, como un volcán en el mar. Una sirena estaba sonando intermitentemente, y en sus cortos y agudos bramidos se adivinaba una petición de socorro.

Robbins contempló la extraña escena unos minutos. Luego se arrodilló junto al comisario y registró sus ropas. No encontró nada útil, salvo la credencial policíaca que confirmaba su identidad.

Defraudado, dio una última mirada a la habitación, fue a la puerta y salió al pasillo. No había nadie. Descendió calmadamente la escalera. Encendió un cigarrillo antes de alcanzar el último recodo.

El empleado del *comptoir* hizo un discreto gesto de sorpresa al verle aparecer.

—¡Oh, *monsieur*! ¡Cómo! ¿Usted...?

Robbins no dio señales de oírle. Ganó la calle. Pacientemente, su taxi esperaba aún.

—Baje al muelle —le dijo al conductor—. ¿Qué significa esa sirena? ¿Por qué suena de ese modo?

El taxi arrancó.

—Significa fuego, *monsieur*. Es una llamada a los servicios extintores. Se habrá declarado un incendio a bordo de alguna de las embarcaciones atracadas en la bahía. Ocurre a veces.

El taxista estaba en lo cierto. Los bomberos habían establecido en el muelle un pequeño cordón en torno al que debió de ser punto de partida del buque tanque que en aquel momento proyectaba sus chorros de agua sobre un balandro. Éste pertenecía a la clase «Star» y se encontraba como a doscientos metros de la orilla. Las llamas habían amainado mucho desde que Robbins las vio por la ventana del hotel.

Llegó una ambulancia.

CAPÍTULO V

Si bien el incendio fue dominado muy pronto, cuando, esto ocurrió se aglomeraban ya en el muelle buen número de curiosos y desocupados. Robbins identificó a algunos periodistas y a los representantes de las autoridades monegascas, y esperó a ver qué curso tomaban los acontecimientos. Mientras, una motora intentaba aproximarse a la embarcación siniestrada. La ocupaban cinco hombres: dos eran bomberos, dos eran gendarmes y uno vestía de paisano.

La motora se detuvo al fin junto al balandro y cuatro de sus cinco tripulantes saltaron a bordo con evidentes precauciones.

Los cuatro hombres desaparecieron por la escotilla. Hubo unos momentos de tranquilidad. Luego reaparecieron, apresurados, gesticulando primero uno y después otro. Los dos hombres salieron un momento después. Entre los dos transportaban un bulto largo y oscuro.

Un murmullo de expectación se elevó de la gente del muelle, en tanto el bulto era trasladado a la motora. A continuación, en cuanto ésta se puso en marcha, se hizo absoluto silencio. Robbins, volviendo la espalda al mar, se dirigió a la ambulancia. Sabía perfectamente, como lo sabían todos, lo que significaba aquel bulto largo y sin forma concreta: era un cadáver. El incendio del balandro había pasado a ser algo más que un simple incidente.

Robbins no vio cómo atracaba la motora ni cómo el cadáver era colocado en una camilla. Aguardó hasta que ésta pasó por su lado y fue introducida en el vehículo. El cuerpo estaba cubierto por una manta.

La ambulancia partió.

El taxi se encontraba todavía donde Robbins lo dejara, pero su conductor se había sumado a los curiosos. El periodista hizo sonar el claxon hasta atraerle.

—¿Vio usted, *monsieur*? —preguntó el taxista, con los ojos brillantes—. Un muerto, ¿qué le ha parecido? ¡No hay quien lo entienda! ¿Cómo puede incendiarse un barco tan pequeño y cómo puede morir nadie en su interior, estando rodeado de agua por todas partes?

—Usted me dijo que esos incendios solían producirse.

El conductor se sentó al volante.

—¡Oh, sí! Por un descuido al arrojar una colilla o un fósforo, o al guisar, pero nunca pasó nada.

—¿Adónde llevarán el cadáver?

—Al depósito judicial, en el hotel de Ville. ¿Quiere usted ir?

—Vamos.

Fueron.

—¿Periodista, *monsieur*? —dijo el ordenanza que guardaba la puerta, cuando Robbins le presentó su credencial—. Le atenderá *monsieur* Cantin dentro de un instante. Por aquí, a la derecha, hágame el favor.

A la derecha había una sala de espera con fotografías de la ciudad y sus alrededores en las paredes, vistas de la playa y del casino, carteles turísticos y un plano, y diarios y revistas en una mesa central. Tres hombres fumaban, uno de ellos con un *flash* colgado del hombro, otro hojeando un periódico de la noche. Eran reporteros locales y Robbins los conocía a los tres.

—Salud, Robbins —dijo el fotógrafo—. ¿Qué se te ha perdido a ti en esto?

Robbins buscó un lugar donde sentarse.

—Es un suceso —replicó—. Un hombre ha muerto, y si es americano me va a interesar. Fue bonito: llamas, sirenas, las mansas del buque tanque... ¿Tomaste fotos?

—Sí.

—Enséñamelas luego. ¿Se sabe algo?

El hombre del periódico dobló éste y se sentó a su lado.

—Nada.

—¿Ni a quién pertenece el balandro?

—Todavía no.

—¿Quién es *monsieur* Cantin?

El periodista sonrió a medias.

—El inspector jefe de nuestros servicios de investigación.

Robbins casi no oyó su respuesta. Su mirada se había posado casualmente en el diario que el hombre tenía en sus rodillas, y acababa de realizar con ello Un descubrimiento totalmente imprevisto. Con grandes letras negras, en el fragmento visible del periódico, aparecía un nombre: Kitty Morgan. Robbins había oído antes aquel nombre, lo oyó de labios del cónsul en la piscina Olímpica. El cónsul lo pronunció cuando él dijo que investigaba la desaparición de una compatriota. Robbins se refería entonces a Nan Carruthers, pero el cónsul, ¿a quién se refirió?

Rápidamente, el periodista tomó el diario y lo desplegó. Frunció el entrecejo. El nombre de Kitty Morgan estaba inserto en un anuncio rectangular recuadrado a media caña. Bajo el membrete del Sea Club se advertía al público que la presentación de la extraordinaria *diseuse* norteamericana se había aplazado hasta nuevo aviso.

Con el periódico en las manos, Robbins se puso en pie lentamente.

—¡Eh! —dijo—. ¿Qué le ha pasado a Kitty Morgan?

Los tres hombres le miraron.

—¿Y bien, Robbins?

—Tenía que cantar esta noche en el Sea Club, según parece, y no lo ha hecho. ¿Por qué no?

—No ha llegado —repuso el fotógrafo.

—¿No ha llegado?

—¿Se le altera el corazón, Robbins? Esa chica debutaba hoy, es verdad. Venía de Niza, pero no hay noticias suyas. Bueno, ¿qué pasa? ¿Se te ha malogrado un idilio?

Robbins, pensativo, dejó el periódico sobre la mesa.

—Eso me gustaría saber: qué pasa. —Titubeó un instante y, de pronto, tomó una decisión—. En fin, suerte con lo del balandro. Más tarde me informaré. No te olvides de las fotos, Perroux.

—¡Te vas! —exclamó el fotógrafo.

Robbins asintió, camino de la puerta.

—Me voy, en efecto.

Fuera, con la gorra echada hacia la nuca, el taxista encendía un cigarrillo.

—¡Oh, *monsieur*! ¿Averiguó algo?

—No hay noticias todavía. Lléveme al Sea Club.

El conductor ocupó su asiento y demarró.

El Sea Club es un local al aire libre instalado con falsa sencillez: esquemáticas sillas tubulares, mesas cubiertas por manteles a cuadros y una pequeña pista de baile abrigada bajo árboles de abundantes y tupidas copas. Su ambiente tiene el tono de libertad propio de la juventud, de la bohemia y del verano, y admite lo mismo el traje de etiqueta que la camisa tropical, el modelo de Christian Dior como el más sintético vestido de playa.

Robbins, impecable en su *smoking* blanco, cruzó en dirección al bar.

—Quisiera hablar con el gerente —dijo—. O con el jefe de personal... con alguien de parecidas atribuciones.

El camarero a quien interpelaba le dedicó una mirada inexpresiva.

—¿De qué se trata, señor?

—Es una cuestión del consulado de Estados Unidos.

El camarero asintió.

—Tenga la bondad de aguardar un instante.

Se alejó. Robbins se quedó mirando a la pista, donde unas pocas parejas se mecían al compás de una música lánguida. Transcurrido un par de minutos, un hombre enjuto, de cabello aceitoso y sonrisa profesional, salió a su encuentro.

—Caballero, ¿desea usted...? Soy el gerente del club. Si me permite...

Hablaba en inglés, con una pronunciación sibilante. Robbins le siguió a una pequeña oficina donde zumbaba un ventilador.

—Estoy a su disposición, caballero.

El periodista no vaciló:

—He sostenido esta noche una breve conversación con el cónsul acerca de Kitty Morgan. Está preocupado y yo también. Desearía oír de usted todo cuanto hay acerca de este asunto.

—Sí, hablé con el señor cónsul por teléfono. Me pareció lo más pertinente pero si usted considera...

—¿Habló también con las autoridades del Principado?

—Por supuesto, señor. Aunque quizá la cosa no pase de una trivialidad, para nosotros, compéndalo usted, es de relativa trascendencia.

—¿Le importa a usted exponerme la cuestión detalladamente y

desde el principio?

—Tendré sumo gesto, señor. Siéntese, se lo ruego. —Robbins rechazó la invitación con un ademán—. Como creo que ya le dije al señor cónsul —el gerente dejó que su sonrisa profesional se difuminara un poco—, hace cosa de dos semanas brindé un contrato a la señorita Morgan para cuando terminase sus actuaciones en Niza. El contrato se firmó por intermedio de su agente y debía entrar en vigor hoy. Al no tener este mediodía noticias de la señorita Morgan, llamé por teléfono a Niza y averigüé que había salido hacia aquí ayer tarde. Esto es lo único que se ha sabido de ella. Ningún hotel de Montecarlo ha registrado su entrada ni hay indicios de que se encuentre en la ciudad. Su agente ignora, o dice ignorar, su paradero. El hecho es tanto más extraordinario cuánto entre Niza y Montecarlo no hay posibilidad de extraviarse.

—¿Usted qué supone que ha ocurrido?

—Caballero —la sonrisa del gerente se esfumó del todo—, aquí, y con perdón, suelen actuar bastante artistas norteamericanas. Son muchachas muy temperamentales, caprichosas, informales y excesivamente románticas la mayoría. Aman demasiado la aventura. Yo calculo que la señorita Morgan ha encontrado una aventura en su camino y ha preferido vivirla que venirse a trabajar.

—¿Se refiere aún a aventura amorosa?

—Por descontado.

—¿Existen antecedentes de su estancia en Niza que confirmen semejante hipótesis?

—Carezco de informes al respecto, señor.

—¿Le ha sugerido eso al cónsul?

—Mi conversación con el señor cónsul se refirió únicamente al aspecto comercial del problema.

—¿En qué local de Niza actuaba Kitty Morgan?

—En el jardín de verano del Ambassador.

—¿Quién es su agente?

—Se llama Jonathan B. Moss.

—Deme sus señas.

El gerente consultó un cuaderno de notas y se las dio.

—Volvamos a Kitty Morgan. Tenía que llegar ayer tarde, pero ¿en qué? ¿En tren? ¿En barco?

—No, en su propio coche. Lo ha dicho Moss.

—¿Cómo era el coche?

—Un «Simca 1200». Las autoridades del Principado han pedido sus características y creo que Moss se las ha dado también a la policía francesa. Yo las ignoro, señor, lo siento.

—No importa, ha dicho usted bastante. Muchas gracias.

—¿Eso es todo, señor?

—Por ahora. El consulado le tendrá al corriente de las novedades que se produzcan.

El gerente se inclinó.

—Estoy a sus órdenes. Y si desea usted quedarse... y tomar algo... será un placer.

Robbins rechazó cortésmente la invitación.

El taxista estaba en la puerta, con la gorra ladeada contemplando a las mujeres que ocupaban las mesas más próximas. Saludó al periodista y, repentinamente, le asió del brazo cuando se dirigía al vehículo.

—Me dio quinientos francos —anunció, sin que al parecer viniera a cuento—. Se los acepté, pero...

Robbins abrió la portezuela.

—¿Quién?

—No se lo diría si no hubiera resultado usted tan buen cliente. Me dio quinientos francos por saber quién era usted, dónde me había tomado y a qué lugares le había conducido. Fue mientras le esperaba a la puerta de Aux Belles Françaises.

—Le pregunto quién.

—Una mujer. Estupenda, con un perfume que le elevaba a uno al séptimo cielo y un esto y un lo otro que para qué. Por eso le sugería yo antes lo de... En fin, parecía tan interesada...

Robbins se quedó mirando fijamente al hombre.

—Descríbala mejor, con más detalles.

—Cabello rubio ceniza y un vestido negro y rojo sin mangas, con los hombros por aquí y el escote hasta aquí. Desgraciadamente, *monsieur*, no había mucha luz.

—¿Qué le dijo usted?

—La verdad, lo poco que sabía.

—¿Qué hizo ella, entonces?

—Se alejó calle abajo. Con qué aire, *monsieur*.

Robbins subió al coche.

—Si no hubo nada más, lléveme otra vez al hotel de Ville.

CAPÍTULO VI

Los tres periodistas ya no estaban. Robbins preguntó al ordenanza por el inspector Cantin y aguardó en la sala, estudiando el plano de la ciudad.

—¿En qué puedo servirle, *monsieur*?

Cantin se restregaba las manos, tenía cara de ratón, un bigote lacio y unos ojillos agudos.

—Trato de informarme acerca del incendio de ese balandro.

El inspector sonrió.

—Me ha dicho el ordenanza que es usted un periodista norteamericano y que estuvo ya aquí antes. Bien, le felicito. Puede alardear de olfato profesional.

—¿Y pues?

—El yate pertenece a un compatriota suyo: Roger Fulton Allenby, quien se encuentra actualmente lejos de aquí, en viaje por la República Federal Alemana. Es un misterio absoluto cómo y por qué se inició el fuego a bordo, y cómo y por qué se hallaba la mujer allí.

—¿La mujer? ¿Era una mujer quién murió?

—En efecto, una mujer joven.

—¿Identificada?

—Todavía no.

Robbins se sentó lentamente, mirando al inspector a la cara.

—Le agradecería que me lo contase todo.

Cantin se sentó junto a él.

—Se va a sorprender: en el yate se cometió un asesinato.

El reportero necesitó algún tiempo para asimilar la noticia.

—Un asesinato —repitió a media voz—. Es decir, asesinaron a una mujer joven.

—Así es.

—¿Quemándola?

—El incendio fue intencionado, pero la mujer no murió a causa de las quemaduras. La estrangularon antes. Un primer examen le ha bastado al médico para afirmarlo sin ningún género de duda. ¿Qué le parece?

—Asombroso. ¿Cómo fue provocado el incendio?

—Rociando con petróleo el interior de la cabina. Se ha encontrado incluso la lata empleada.

—Lo que usted ha dicho de la ausencia de su propietario significa que el balandro se encontraba fuera de uso, anclado en el puerto en espera de que aquél regresara. —Cantin asintió—. Bien ¿Allenby lo había prestado a alguien? ¿Lo ocupaba alguien? ¿Se sabe algo al respecto?

—Por el momento, no. Puede que Allenby nos informe, si damos con él. Será un poco difícil localizarle... Requerirá tiempo.

—Dice usted también que la mujer fue asesinada *antes* del incendio. ¿Mucho antes?

Los astutos ojillos del inspector chispearon.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Me parece de sentido común.

—Es que sí, en efecto, la mujer murió mucho tiempo antes. No es posible determinarlo exactamente hasta que se verifique la autopsia, pero el médico sugiere que fueron lo menos veinticuatro horas. Le aseguro, *monsieur* —Cantin escrutaba descaradamente el rostro del periodista, como si esperase de él una revelación—, que el caso está envuelto en el mayor misterio. Nuestras pesquisas se encaminan ahora, además de a establecer la identidad de la víctima, a averiguar si fue observado en torno al yate algún movimiento sospechoso, lo mismo ayer noche que hoy Naturalmente —la mirada del inspector se tomó expresiva—, agradeceremos de todo corazón cualquier ayuda.

—Pues claro —repuso Robbins, cautamente—. ¿Podría ver el cadáver?

—Venga, *monsieur*.

Al depósito se llegaba descendiendo un corto tramo de escaleras. Era un lugar frío, casi glacial, aséptico y blanco, siniestro en su misma funcionalidad, capaz para una veintena de cadáveres en otras tantas mesas, con sus correspondientes lámparas. De las mesas no había ocupada más que una. La sábana que la cubría colgaba

hasta rozar el suelo.

—No será agradable —dijo el inspector—. El fuego causó terribles destrozos.

—No se preocupe.

Cantin tiró de la sábana, descubriendo el cuerpo en toda su longitud. Ciertamente, el fuego había causado terribles destrozos: los dos tercios superiores del cadáver eran una masa informe. En cambio, el extremo inferior de las piernas, así como los pies, habían resultado incólumes.

La mujer muerta, quienquiera que fuese, llevó puestas unas feas medias de algodón y unos horribles zapatos planos, casi masculinos. Allí estaban, prodigiosamente salvados del fuego.

—El colchón de la litera donde yacía —dijo el inspector, a media voz—, le cubrió los pies. Qué penoso efecto producen, ¿no es verdad?

—¿Cómo podía el colchón cubrirle los pies?

—Estaba doblado y solamente empezaba a quemarse. La litera se encontró revuelta. Junto a ella, prácticamente *en ella*, se originó el incendio. Debajo estaba la lata de petróleo. La mujer, a juzgar por su estado, fue rociada, como un objeto combustible más. Sólo la prontitud de nuestros servicios extintores evitó que se cumpliera el propósito del asesino. Unos minutos de retraso y la obra muerta del balandro, con su contenido, se hubiera convertido en cenizas. Difícil sería probar que se había cometido un asesinato así, ¿no cree?

—Sí —articuló Robbins. Y añadió—: ¿Han inspeccionado esos zapatos?

—Son nuestra primera pista. Están bastante usados, pero fueron adquiridos, según la etiqueta interior, en un bazar de la ciudad. Dudo que muchas mujeres usen un calzado tan poco femenino. Quién sabe si en el bazar la recordarán. Y si no la recuerdan...

—¿Qué?

Calmosamente, Cantin se introdujo la mano en el bolsillo, la sacó cerrada y, poco a poco, la abrió. Mostró en la palma un anillo de oro con cinco pequeños diamantes.

—Si no la recuerdan, esto es nuestra segunda pista. Nos ha costado Dios y ayuda sacárselo de lo que quedaba de un dedo. Vea el interior, no hay más que una fecha: 20 de julio de 1953. Pero alguien lo identificará.

Robbins examinó sombríamente el aro.

—Es una fecha muy reciente.

—¡Y tan reciente! Cuatro días.

Los dos hombres regresaron sin prisa a la sala de espera.

CAPÍTULO VII

—Bueno, ¿qué pasó? —preguntó el taxista.

Robbins, desperezándose en el asiento, encendió un cigarrillo.

—Una mujer fue estrangulada en el balandro, que pertenece a un americano llamado Allenby, ausente de Montecarlo en la actualidad. El asesino roció con petróleo el cadáver y la cabina, y provocó el incendio para destruir las pruebas, en particular el cuerpo, que es siempre la prueba más importante. Así lo ha dicho el inspector Cantin.

—Eh —el conductor, asombrado, se echó la gorra atrás—, vamos, cuentos de hadas, no.

—Es la verdad. Mañana lo leerá en los periódicos.

—¿La verdad de verdad? ¿No me engaña?

—No.

—¡Oh, *parbleu*! ¡Un asesinato! ¡Qué cosas ocurren!

—Olvédelo ahora. —Robbins arrojó la ceniza por la ventanilla—. Es tarde ya, y necesito pasar por la oficina de la agencia Havas. Dese prisa.

El taxista se dio prisa.

En la oficina de la Havas había cuatro hombres tecleando en las máquinas de escribir y en los teletipos. Dos de ellos habían coincidido con Robbins en la sala de espera del depósito judicial.

—¿Dónde está Perroux? —les preguntó.

—Vendrá enseguida. Siéntate por ahí. ¿Tienes algo nuevo?

—Que una mujer murió asesinada en el balandro.

—Eso es viejo va. ¿Has visto a Cantin?

—Sí.

—¿Qué hace?

Robbins tomó asiento.

—Reflexiona.

Perroux, el fotógrafo, se presentó a los pocos minutos. Había

revelado sus placas. Robbins vio una colección de escenas del incendio —el balandro ardiendo prestaba un falso aire de fiesta a la bahía—, de la actuación del buque-tanque, de la multitud de curiosos, del viaje de la motora, de la extracción del cadáver y del traslado de éste a la ambulancia. Afortunadamente para los futuros lectores de sensibilidad delicada, Perroux se había abstenido de tomar fotografías en el depósito.

—Me quedo estas seis —anunció Robbins, mostrándolas en abanico—. Te liquidaré los derechos en cuanto reciba la conformidad de Nueva York.

—No corre prisa —replicó Perroux.

Robbins descendió a la calle y se reunió con su fiel taxista. Sacando su cuaderno de notas, le dio las señas de Jonathan B. Moss, que el gerente del Sea Club le había proporcionado.

Moss habitaba en una modesta villa casi oculta al comienzo de la carretera serpenteante que escala ochocientos cincuenta y nueve metros de roca para conducir a las instalaciones de Radio Montecarlo. Tenía un perro en el jardín, que se puso a ladrar en cuanto el taxi se detuvo y no paró hasta que una mujer abrió la puerta y le increpó como si fuera su peor enemigo.

—¿El señor Moss? —preguntó Robbins.

La mujer era considerablemente alta, llevaba el cabello teñido de rojo y vestía con descuido una bata de noche que dibujaba a contraluz los menores detalles de su silueta. No era ya lo que se dice joven, pero su silueta sí.

—Se ha ausentado —replicó. Su acento le recordó a Robbins las llanuras del Oeste Medio norteamericano—. Le encontrará usted mañana por la tarde. Si quiere dejar algún recado, déjelo.

—¿Es usted la señora Moss?

—Sí.

—Me llamo Milton Robbins, soy el corresponsal aquí de la cadena Ground y me urge hablar esta misma noche con su esposo.

—Le digo que se ha ausentado. Está en Niza.

—Podría hablarle por teléfono, si me diera usted su dirección.

La mujer vaciló unos segundos.

—Suele parar en el hotel de France. Llámeme un poco más tarde. Le gusta trasnochar.

Robbins dio una mirada maquinal a su reloj.

—Y a usted también.

—Sí, a mí también —la señora Moss comenzó a cerrar la puerta —. Buenas noches, amigo.

El periodista regresó al taxi.

—¿Lo ve usted? —le dijo el conductor—. ¿Lo ve usted cómo no entiende la vida? ¿Por qué no se ha quedado? Esa dama parecía muy sola, *monsieur*, y con ganas de hablar.

—Soy yo quien no tiene ganas de hablar. Lléveme al hotel Albert I. El paseo nocturno ha terminado.

Cuando el taxi se detuvo ante su hotel, Robbins se apeó y echó mano de los billetes que —parecía hacer de ello una eternidad—, el *multicolore* le había regalado con el correr de su bola. Pagó y añadió una propina que el taxista celebró con un silbido.

—Lamento que se retire usted, *monsieur*. La noche es joven.

—Tiene usted todavía conmigo dinero a ganar.

—¿Yo? ¿De qué modo?

—Una mujer le preguntó por mí a la puerta de Aux Belles Françaises, ¿no es así?

—Se lo confesé, *monsieur*. Me dio quinientos francos.

—Yo le daré mil si la encuentra. Aguze los sentidos y pronto. Esta noche, mañana por la mañana. En cuanto la vea, en cuanto la haya localizado, llámeme aquí, al hotel. Aguarde —el periodista abrió su cartera—. Mi tarjeta. Pueden ser dos mil francos si encuentra a la dama antes de mediodía.

El conductor se guardó la tarjeta y sonrió.

—Lo intentaré. Buenas noches, *monsieur*, y mejor suerte.

Robbins subió a su habitación, se desnudó perezosamente y tomó una larga ducha fría. Luego se puso el pijama y pidió por teléfono un recipiente de hielo y un sifón. Cuando los tuvo, sacó de la alacena una botella de *whisky* y se preparó un *highball* bien cargado.

Dedicó unos minutos a pensar, para trazarse una definitiva norma de conducta.

Después volvió a descolgar el teléfono.

—Conferencia con Niza, Hotel de France, señor Moss.

Fue solamente un instante lo que tardó una voz soñolienta en exclamar:

—¿Qué pasa?

—Disculpe que le moleste a esta hora —dijo Robbins, divertido—. Con motivo de una conversación que he sostenido con el cónsul de Estados Unidos, estoy investigando el incidente de que Kitty Morgan fue protagonista. Me llamo Robbins.

—¿Qué incidente?

—Su desaparición.

—¡Oh, eso! Bueno, ¿qué demonios quiere?

—¿Desde cuándo era usted agente de la muchacha?

—Esta temporada, desde que llegó.

—¿Vino directamente de América?

—Sí, me la facturaron en junio. ¿Por qué?

—¿Qué clase de persona es?

—Hasta ahora se portó bien. Algunos humos de más, pero esto todas. No sé qué decirle.

—¿Ha dejado algún amor en Niza?

—No, ya cuidé de enterarme. No hay nada de eso. Esa chica se preocupaba demasiado de su carrera. Les ocurre un poco a todas. Allí, al otro lado del charco, son una de tantas, casi siempre metidas en una fila de coristas oscuras, y llegan aquí y las hacen estrellas. Esto despierta su puntillo profesional.

—Luego, ¿usted descarta la posibilidad de que Kitty Morgan haya roto su contrato por una aventura amorosa?

—Bah, novelaría. Descuide, no la ha secuestrado ningún príncipe indio para su harén.

—¿Qué opina usted, entonces?

—Que a esa chica le ha ocurrido algo malo.

—¿Conoce a Zarakelian?

Hubo una brevísima pausa.

—Sé quién es. ¿A qué viene eso?

—¿Le conocía Kitty?

—Lo ignoro.

—¿Quiere averiguarlo ahí, en Niza? Me lo dirá mañana, cuando vuelva a Montecarlo. Pero en el Albert I. Recuerde mi nombre: Milton Robbins.

—¿A qué viene eso? —insistió Moss.

—No sé, es una especie de intuición. El gerente del Sea Club me contó que Zarakelian se había interesado por la muchacha.

Hubo otra pausa.

—Muy bien, lo averiguaré. Si no hay más, déjeme dormir.

Robbins cortó la comunicación e inmediatamente volvió a solicitar:

—Conferencia. Con París ahora.

Dio el número y esperó. Oyó distintamente zumbir la llamada una y otra vez.

—¿Diga? —preguntó al fin una voz femenina, a muchos kilómetros de distancia.

—¿Está ahí Bingo Callahan?

—Está durmiendo. Son las...

—Sí, ya sé que es tarde. Hablo desde Montecarlo... Avísele que está al aparato Robbins.

Una nueva y considerable espera.

—¡Milton! —El hombre que habló parecía haberse desvelado por completo—. ¿Qué demonio ocurre? ¿Has agarrado una de tus merluzas? ¡No dirás que me llamas sereno!

—Sí, sí, sereno, Bingo. ¿Cómo estás?

—De salud bien. De bolsillo, en quiebra. ¿Cuándo vienes a París?

—Bingo, vas a recibir un giro de unas cuantas sábanas... si me haces un favor. Una pesquisa.

—¡Oh!

—Atiéndeme, espera un momento. Tú andas todo el día metido entre artistas, escritores y qué sé yo.

—Colegas.

—¿Conoces a limo Zarakelian?

—Más o menos.

—Dime cuánto sepas de él.

—Es un armenio, o georgiano, o caucasiiano, o ucraniano, o alguien de un lugar así, pero escribe en francés. Poesía camal, la evasión del yugo de nuestra civilización contemporánea a través de la carne. No se le cotiza mucho, pero da que hablar. Cae por París de vez en cuando. Ahora no está.

—¿Zarakelian es comunista?

—Seguramente lo es. La gente como él suele serlo, o anda cerca.

—Todo eso no me basta, Bingo. Quiero un informe completo, detallado, minucioso: dónde nació, dónde se educó, qué ha hecho, cómo ha vivido, cuál es la fuente de su dinero, con quién se ha

casado si lo ha hecho, que amantes tiene, si las tiene; todo, desde la hora en que se levanta, hasta el color de sus calcetines. Llámame mañana a mediodía al Hotel Albert I, en Montecarlo. Cárgame la conferencia a mí, pero que sea a mediodía.

—¡No pides poco!

—Es un trabajo y lo pagaré bien.

—De acuerdo. Oye, ¿cómo está la Riviera? Buenas mozas, ¿eh?

—Te mandaré una vista de la playa. Adiós, Bingo.

Robbins cortó la comunicación y pidió una tercera conferencia, también con París. El destinatario, en esta ocasión, le respondió directamente y al momento:

—Corresponsalía Groundal aparato.

—¿Eres Banning?

—Sí.

—Soy Robbins, te hablo desde Montecarlo.

Banning no se sorprendió.

—Llamas a tiempo. Termino el trabajo dentro de diez minutos. ¿Qué quieres?

—Es un asunto muy delicado, un caso de espionaje, según creo. Si no me equivoco, de un lugar al que se designa como factoría experimental, han sido sustraídas unas fotocopias...

—Ciertamente, de la factoría experimental Saint-Simon. ¿Cómo sabéis en Montecarlo eso?

—Sigue, ya te contaré.

—El secreto, hasta ahora, no ha salido de los medios oficiales, y a nosotros se nos ha impuesto silencio en tanto se siguen las primeras pesquisas. En la Saint-Simon se experimentan los nuevos turborreactores que han diseñado Rottier y Willi, de los que los franceses se sienten muy orgullosos. Recientemente, en efecto, les escamotearon las fotocopias del proyecto fundamental. Se ha armado un revuelo que no te digo.

—¿Sabes algo de una mujer llamada Nan Carruthers?

—No.

—Pues es imprescindible que lo averigües. Hasta ayer trabajaba aquí, en nuestro Consulado, y hace cosa de un año, ahí en París, en la Embajada. Habla media docena de idiomas y es un callo, vestido al estilo de Liga Prohibicionista, con gafas y moño en la nuca. Ha desaparecido y, según toda evidencia, casi puedo asegurártelo, ha

muerto asesinada en circunstancias asombrosas. También es asombroso que una mujer anafrodisíaca como ella tuviese novio, y lo tenía: un infeliz apellidado Stockes que trabaja en el Cuartel General de la NATO y ahora está aquí, en Montecarlo, de vacaciones. Pero lo más asombroso de todo es que esta noche, cuando la desaparición y el asesinato de la Carmthers ya se había producido ha llegado a Mónaco un enviado del *Deuxième Bureau*, el comisario Latour, encargado de vigilarla, interrogarla y minar el terreno a su alrededor: son palabras suyas. Latour ha dicho que se sospechaba de Nan Carruthers en relación con el escamoteo de las fotocopias y que la sospecha, por cortesía diplomática, había sido comunicada a los Estados Unidos. Al encontrarse con que la pájara había volado, ha supuesto que la ocultábamos nosotros para evitar el desprestigio y el escándalo.

—Cuerno, Robbins —articuló Banning—, eso es serio.

—Sí que lo es.

—A primera hora de la mañana daré los pasos oportunos para saber qué hay en realidad. ¿Te llamo a mediodía?

—Magnífico, Banning. Esto puede convertirse para nosotros en un golpe periodístico mastodóntico, no lo olvides. Procura que no se malogre.

Banning rió y cortó la comunicación, al otro extremo del hilo.

Bostezando, Robbins se metió en cama, fumó un cigarrillo y apagó la luz.

No se había dormido todavía cuando sonó el teléfono.

—¿*Monsieur* Robbins? —preguntó alguien alegremente—. Le llama el inspector Cantin. Olvidó usted darme su dirección y me ha costado algún tiempo localizarle.

—Lo siento. ¿Ocurre algo?

—Tengo para usted dos noticias. Primera, que Weekes y *monsieur* Stockes han identificado el cadáver como usted sugirió. *Monsieur* Stockes fue precisamente quien le regaló a la pobre el anillo, un anillo de compromiso, que trajo expresamente de París. El día veinte lo colocó en su mano, y hoy ella ha muerto. Terrible, *monsieur*. Trabajaba en el Consulado de su país: *mademoiselle* Nan Carruthers. Usted lo suponía, ¿no es así?

—Sí —suspiró Robbins—. ¿Cuál es la segunda noticia, inspector?

—Ha aparecido el «Simca» de Kitty Morgan, vacío, con el

equipaje de la joven en perfecto estado y sin señales que, por el momento, permitan adivinar lo que ocurrió. La policía francesa lo ha descubierto en un bosque, al que llegó desde la carretera por un camino vecinal. Muy cerca de nuestra frontera, *monsieur*...

CAPÍTULO VIII

Unos minutos después de las once de la mañana, Robbins se presentó en el Consulado y solicitó ser recibido por el cónsul.

—Daba por supuesto que vendría usted —le dijo éste. Parecía sumamente preocupado—. Es una verdadera lástima que el insensato de Stockes le metiera en el asunto.

Robbins sonrió irónicamente.

—Gracias. De todos modos, tal como van las cosas, tarde o temprano me hubiera metido por mí mismo, Nan Carruthers ha muerto asesinada y no se puede dar marcha atrás. Las autoridades del Principado tienen en esto mucho que decir: a fin de cuentas, aunque la Carruthers fuera norteamericana, el crimen se ha cometido en su jurisdicción. Radio Montecarlo ha dado esta mañana la noticia. Yo, en cambio, hube de suprimirla en mi crónica de ayer.

El cónsul, pensativo, unía y desunía las manos.

—Le agradezco que la suprimiera.

Robbins se arrellanó en su sillón.

—Hablemos claro, señor. Es evidente que no puedo seguir guardando silencio, pero, como me doy cuenta de que el asesinato de Nan Carruthers es solamente una de tantas incógnitas en un problema más vasto y de mucha gravedad, quiero puntualizar con usted qué extremos son publicables y qué extremos no. Entiéndame, ya sé que el *Deuxième Bureau* sospechaba de Nan Carruthers en relación con el robo de ciertos documentos en la Factoría Experimental Saint-Simón, donde se ensayan unos modelos nuevos de turborreactor; que esta sospecha fue transmitida a nuestra Embajada antes de emprender ninguna acción; qué, probablemente, la Embajada le avisó a usted, al tiempo que el *Deuxième Bureau* enviaba a Montecarlo uno de sus hombres, y que lo mismo el hombre que el aviso llegaron tarde, cuando la Carruthers había ya desaparecido, lo cual significa que los servicios de información de

esa gente, sea quien fuere, dan ciento y raya a los nuestros. Ésta era la situación anoche y por ello usted, a sabiendas de que el caso traía mar de fondo, me conminó a quedar al margen. Muy bien, estoy de acuerdo. Sin embargo, ahora, Nan Carruthers ha sido asesinada. El panorama ha cambiado. La policía francesa, las autoridades de Mónaco y nosotros coincidimos en una misma línea. Esta línea, señor, parece conducir a dos metas diferentes: Nan Carruthers murió a manos de sus cómplices, deseosos de suprimir un estorbo, o bien lo hizo a manos del servicio de contraespionaje francés. Ante esta última posibilidad, yo quisiera saber una cosa: los proyectos de la Factoría Saint-Simón, ¿han sido robados en beneficio de los Estados Unidos? Es decir. ¿Nan Carruthers intervino en el robo obedeciendo órdenes de nuestro Gobierno? Creo que esto es muy importante para determinar mi futura conducta.

—¡No diga barbaridades, Robbins!

—¿Cuál he dicho?

—La Factoría Saint-Simón se sostiene con fondos de la Agencia de Seguridad Mutua y tenemos en ella observadores militares. Trabaja para el Pacto Atlántico.

—Entonces, ¿la Carruthers obró contra nuestros intereses? Eso equivale a que estaba a sueldo de los rusos. Siempre ocurre así, o se pretende que ocurra así: con nosotros o con los rusos. Parece ser que en el mundo no cuenta nadie más.

—Todo eso lo sabe de sobra. ¿Por qué, si no, mencionó anoche a Inno Zarakelian?

—Oh, se ha ocupado usted de Zarakelian. ¿Es un ruso? Le advierto que conozco a otros. También Igor Strawinsky lo es.

—Esto no se presta a bromas, Robbins. Zarakelian es un elemento sospechoso. Grimm me ha explicado lo que le contó a usted y he avisado a la Embajada. Lo único que sé es que Zarakelian no ha dado señales de vida desde que abandonó Montecarlo. Los franceses cuidarán de él.

Sonriendo, Robbins le ofreció un cigarrillo al cónsul, tomó otro para sí y encendió los dos.

—Volvamos a lo que a mí me interesa —dijo—. De toda esa serie de hechos, ¿cuáles son publicables? No olvide usted que la muerte de Nan Carruthers constituye un misterio y hay que aclararlo.

El cónsul dio vueltas al cigarrillo entre sus dedos.

—Suprima lo relacionado con el robo de documentos y todo lo que huela a espionaje. Por ahora nada más, luego ya veremos. Con el asesinato en sí, con su aspecto sentimental, con Stockes y con el incendio del yate de Allenby tiene de sobra.

—¿Quién es Allenby?

—Allenby es amigo personal mío, está por encima de toda sospecha.

—¿Dónde para?

—Creo que en el Heidelberg. Le he enviado un telegrama, pero no tengo respuesta todavía.

El periodista se levantó a medias para aplastar su cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué hace Jason Stockes? —preguntó.

El cónsul torció la boca.

—Proclamar que tiene el corazón destrozado. Le he aconsejado que regrese a París.

—Según tengo entendido, Stockes trabaja en el Cuartel General de la NATO.

—Sí.

—¿En calidad de qué? ¿Es un militar? ¿Es un técnico?

—Es un simple mecanógrafo.

—¿Hay algo sospechoso en él?

—Que yo sepa, no. Salvo, naturalmente, su relación con Nan Carruthers. Se encontrará ahora en un atolladero y es muy probable que pierda su plaza, pero, para mí, Stockes es un pobre tonto que vive en la luna. Si algo malo ha hecho, y estoy seguro de que no, habrá sido arrastrado por esa condenada mujer.

—También ella vivía en la luna, y vea lo que ha resultado.

—¿Por qué dice que vivía en la luna? —El cónsul miró a Robbins fijamente—. Usted no la conoció.

—Me daba esa impresión, por lo que me han contado.

—Se equivoca. Aunque carecía de atractivos personales, Nan Carruthers era la mujer más inteligente, más eficiente y más capaz que he conocido en el curso de mi carrera. Muchas veces me he preguntado por qué se resignaba a un empleo oscuro como el que desempeñaba aquí. Hablaba siete idiomas, puede que usted lo ignore. Le ofrecí mi recomendación para pasar, por ejemplo, a las

oficinas del secretariado de la ONU y declinó la oferta. Dijo que le gustaban Francia y la Costa Azul que su puesto actual era descansado y que no aspiraba a más. Luego se ha visto que tenía sus motivos para responder de ese modo, pero, en todo caso, el aviso que respecto a ella recibí de la Embajada no me sorprendió. Me refiero en el sentido de que Nan Carruthers era capaz de mucho más de lo que aparentaba. Llevaba en el alma un muelle de acero.

—¿Demostró en alguna ocasión simpatías por el comunismo?

—No demostró jamás simpatías por nada.

—Salvo por Jason Stockes.

—Se las demostraría a él, personal y privadamente, quizá. Robbins —el cónsul se inclinó hacia adelante—, no divaguemos más. ¿Hasta dónde pretende usted llegar en este asunto?

—Hasta el fin. Si el fin es la captura del asesino de la Carruthers y el esclarecimiento del robo en la Factoría Saint-Simón, hasta allí.

—No sea loco. No dispone de medios para lograr tanto.

—Ya se verá. Una última cuestión, señor. Queda un punto por tratar, luego le dejaré con su trabajo.

—¿Y es?

—Kitty Morgan. Su coche ha aparecido en un bosque esta madrugada, le supongo a usted enterado. El suceso tiene la apariencia de un secuestro, pero me resisto a creer en el secuestro de muchachas, hoy, en este tiempo y en esta tierra. Sin embargo, algo debiera hacerse por Kitty Morgan.

—Se hace: la policía francesa y los agentes del Principado, como los carabineros, la buscan activamente. Total, luego resultará que ha sido una falsa alarma...

—Moss, su representante, no es de esa opinión. Y él es quien mejor la conocía.

El cónsul se encogió de hombros.

—Falsa alarma o no, no nos queda otro recurso que esperar, He avisado a su familia, que vive en Baton Rouge, Luisiana. Este asunto, Robbins, es de lo más engorroso.

—¿Se le ha ocurrido que puede estar relacionado con el caso Carruthers? ¿Qué es muy significativo que dos norteamericanas desaparezcan el mismo día casi a la misma hora y casi en el mismo lugar?

—Coincidencia. No veo cómo...

—Parece que Zarakelian conocía también a Kitty Morgan. Esta tarde sabré si poco o mucho.

El cónsul movió lentamente la cabeza.

—Otra coincidencia Robbins. Es absurdo.

—¿Me autoriza a profundizar en lo de esa chica cuanto se me antoje? —inquirió el periodista poniéndose en pie.

—Claro que sí.

Robbins descendió a la calle. En la puerta, Grimm, el conserje, sacaba nubes de humo a su pipa. Le saludó con un gesto.

—¡Eh, señor Robbins!

El periodista se detuvo.

—¿Algo nuevo, Grimm?

—No, un sujeto que pregunta por usted. Véale, allí está.

El hombre se aproximaba rápidamente, pero Robbins no le reconoció hasta que le tuvo a dos pasos. Era el taxista que le condujo de una parte a otra la noche anterior. Su rostro estaba radiante.

—¡Oh, *monsieur*, cuánto me ha costado encontrarle! En el hotel me han dicho que había salido, y sólo porque se me ha ocurrido preguntar aquí... he tenido suerte...

—¿Descubrió usted a la dama?

—Sí.

—¿Dónde?

—Venga conmigo dese prisa.

Robbins se dejó conducir al taxi, estacionado unos metros más allá, se introdujo en él y el hombre lo puso en marcha.

—Anduve curioseando por los hoteles toda la mañana —dijo el taxista, volviendo un poco la cabeza—, y al fin la vi. Maravillosa, *monsieur* cuánto le envidio. Vive en el Des Jeux. Ahora está en la playa. Espero que no se haya marchado. ¡Qué mujer, *monsieur*! Es única.

—Cualquiera creería que le ha nombrado su agente de publicidad.

—Lo sería gratis, *monsieur*.

El taxi descendió a la playa a toda velocidad, rebasó el Beach Hotel y se detuvo al otro lado del pequeño promontorio. La curiosidad inquietaba a Robbins, pero no tuvo que transmitírsela al taxista, porque éste se apresuraba ya camino de la arena. Le siguió.

El hombre hizo alto a la sombra de un pino.

—Está todavía —suspiró.

—¿Seguro que es la misma?

—Absolutamente seguro, *monsieur*. Inconfundible. ¿Ve usted un parasol azul y blanco? ¿Ve usted a alguien tendido junto a una cosa que parece un maletín? Es ella. El maletín es un aparato de radio.

Robbins sonrió. Sacó su billetero, contó dos mil quinientos francos y se los puso en la mano al taxista.

—Se los ha ganado, amigo. Y si alguna vez necesita un favor, acuérdesse de mí.

—*Monsieur*, es usted muy amable.

El periodista le dio una palmada en el brazo y echó a andar. Se adentró en la ancha faja de arena, recto hacia el parasol, preguntándose mecánicamente qué ocurriría. Volvió una vez la cabeza y vio al taxista debajo del pino, observándole, interesado.

La mujer, tendida boca arriba, tomaba un baño de sol. La radio portátil emitía una música dulce. Robbins se detuvo y contuvo el aliento.

Mientras el periodista, a dos metros de ella, la contemplaba, se enderezó y le miró. Titubeó un instante. Luego entreabrió los labios en una fulgurante sonrisa.

—¡Charlie! —exclamó—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

CAPÍTULO IX

Robbins, al principio, no supo qué contestar, pero la bienvenida era tan declaradamente afectuosa, que concluyó aproximándose, agachándose y estrechando la mano que la mujer le tendía. El apretón que ella le dedicó fue suave, largo y cordial.

—La palabra sorpresa debiera emplearla yo —dijo Robbins.

—¿Por qué?

—Suelo tener fantasía abundante, pero nunca imaginé un encuentro parecido a éste.

La mujer rió. Su risa le produjo un cosquilleo interior a Robbins.

—Tú siempre bromeando, Charlie —extendió una mano hacia el círculo de sombra del parasol donde había un bolso—. Alcánzame un cigarrillo, ¿quieres?

—¿Por qué insiste en llamarme Charlie? —preguntó, dándole la pitillera—. Sabe de sobra que no me llamo así.

—¡Charlie; por Dios! ¿Te has rebautizado? ¿O usas un seudónimo?

—¿Quiere que siga la farsa?

—¿Qué farsa?

—Usted y yo no nos conocemos. Anoche me apeé de un taxi ante Aux Belles Françaises y usted le dio quinientos francos al conductor y le preguntó quién era yo, dónde le había tomado y a qué lugares me condujo. Como el hombre me la describió en términos entusiastas, y merecidos, dicho sea de paso, no he parado hasta localizarla. Lo he conseguido aprisa, va lo ve.

—Sigues bromeando.

Robbins se sentó en la arena.

—Si lo quiere así, no hay inconveniente.

—Tú eres Charlie Taylor, y si no él, eres su hermano gemelo. Vivías en una casita de tejado rojo, con un magnolio en el jardín, en la misma esquina de la calle mayor y la plaza Cuatro de Julio.

Tocabas la armónica y escribías cuentos de crímenes para las revistas. Te emborrachabas una vez al mes. Yo te adoraba, me gustabais tú y todo lo tuyo y sentía un poco de pena de tu soledad y de que no tuvieras una mujer que cuidara de tu casita. Pero nunca me pediste que me casara contigo. Me llevabas al cine y me cogías de la mano, y algunas noches íbamos a bailar a Green's, un parador que había en la Ruta 104. Tenías un «Kaiser» azul. Al devolverme a casa, dentro del coche, me dabas un beso. Me enloquecían tus besos, Charlie. Sin embargo, eso era todo.

Robbins la escuchaba con la boca abierta.

—¿Cuándo tuvo lugar esa historia? —exclamó.

—Hace dos años.

—¿Dónde?

—En Riverville, Florida.

—¿Y cómo acabó?

—Tú ganaste un premio en un concurso de novelas policíacas y te viniste a Europa. No me escribiste una sola carta.

—¿Y usted?

—Poco después dejé Riverville por un empleo de modelo en Miami. Lo que siguió... En fin, tú lo buscaste, yo no tengo la culpa. En Miami conocí a Edgar Vane-Merrick. Es dueño de una inmensa factoría de conserva de piña tropical, rezuma dinero por todos los poros y le gustan las muchachas jóvenes y bonitas. Yo era las dos cosas y lo sigo siendo. Nos casamos. Fue el mejor negocio que una chica de Riverville hiciera jamás.

—De modo que está usted casada.

—Lo estuve. Me divorcié en abril. Vane-Merrick me concedió una pensión de cinco mil dólares y la libertad. Ahora disfruto aquí de ambas.

Robbins estuvo un momento callado, reflexionando.

—Todo eso me parecería magnífico si no fuera porque yo no me llamo Charlie Taylor. Mi nombre es Milton Robbins, nací en Nueva York, nunca he vivido en Florida y no escribo cuentos de crímenes, salvo cuando estos cuentos son verdad.

—¿Verdad?

—Soy periodista.

La mujer rompió a reír.

—¡Oh, no, no, es imposible! ¡Es imposible que me haya

equivocado!

Robbins no demostró la menor alegría.

—En efecto, es imposible. Ninguna mujer confunde a un desconocido con un hombre al que ha amado, después de una separación tan breve como son dos años y viéndole a plena luz.

—Pero ¿tú eres Charlie, o no lo eres?

—Lo que le digo es que usted *no se ha equivocado*. Ese Charlie, sin duda, ni siquiera existe. Ha sido inventado para servir de pretexto.

Ella le miró burlonamente.

—¿De pretexto a qué?

—A una situación comprometida... o al nacimiento de una amistad.

—¡Qué cosas se te ocurren...!

Robbins empezó sin prisa a ponerse en pie.

—Si lo que quería era que la amistad naciese, ha nacido ya: sabe quién soy, a qué me dedico, y si le falta averiguar mi dirección, se la diré: Hotel Albert I. Si su propósito era otro... adelante.

—Puesta a admitir que no es usted Charlie —declaró ella, en un tono distinto, cuando el periodista se hubo levantado—, reconozco que la situación tiene su miga. Y la tendría mayor si le hubiera recibido con un beso, como fue mi primer impulso.

Robbins se sacudió la arena de los pantalones.

—¿Por qué no lo siguió?

—¿Lo lamenta?

—¿Qué le parece? ¿No se ha mirado usted nunca al espejo?

La mujer rió en silencio.

—Podría usted ser Charlie. Tiene todo lo suyo: figura, cara, gestos, modo de hablar... aunque no me crea. Volveremos a vernos, ¿verdad?

—Sé que me tiende usted una trampa —dijo Robbins, lentamente—. Lo sé desde el principio. Pero... hay trampas en las que da gusto caer. Volveremos a vernos, por descontado.

—Me llamo Florence Miller. Hasta abril fui Florence Vane-Merrick. Sonaba bien, ¿no es así?

—Ese Vane-Merrick fue un hombre de suerte.

—¿Está seguro? Ha cumplido sesenta años, pesa ciento diez kilos y tiene reuma. La suerte fue mía, no de él.

Robbins le tendió la mano.

—Adiós.

—Diga hasta la vista.

—Hasta la vista. Pero recuerde que yo no soy Charlie Taylor.

—¿Importa eso ya?

—Sí. Entre otras cosas, porque no tengo un «Kaiser» azul.

Ella le miró a los ojos.

—Podremos prescindir de él, no se preocupe. En la radio sonaba ahora un *be-bop* lloriqueante. Robbins, perplejo, dio media vuelta y se alejó. Hasta que estuvo en los pinos no pensó que las cosas habían ido mucho más allá de sus aspiraciones. Pero entonces pensó también que Florence Miller o él, uno de los dos, estaba loco. Las cosas no podían ir hasta donde fueron entre personas cuerdas. A nadie, excepto a una estúpida o a una mujer extremadamente inteligente, se le hubiera ocurrido adoptar una actitud tan absurda, tan sin sentido, para atraerse a un hombre.

Y Florence Miller podía serlo todo, pero estúpida, no.

El taxista, satisfecho al parecer de que sus oficios de celestina hubieran dado fruto, se había retirado. Robbins echó a andar camino de su hotel. Llegó a la hora del almuerzo.

Acababa de sentarse a la mesa cuando recibió la primera llamada telefónica.

—¡Milton! —Era Bingo Callahan, desde París—. ¡Milton, a menudo lodazal me has echado! ¡Miles y miles de francos cuesta esto!

—No exageres. ¿Qué ocurre? ¿Zarakelian?

—¡Sí!

—Tendrás tus miles y miles de francos, pero suéltalo todo.

—Agárrate: Inno Zarakelian no existe.

Robbins agarró con fuerza el teléfono.

—Por Dios, Bingo, no desbarres.

—Deja que te lo explique. No existe Zarakelian el poeta. Es un mito creado con unos cuantos billetes pagados a un «negro».

—¿Quieres decir que los poemas de Zarakelian los escribía otro y los firmaba él?

—Sí, un estudiante que se llama Bubelle. Un infeliz.

—Ha estado entre rejas no sé cuántas veces por escándalo. Le falta un tomillo.

—Pero ¿qué beneficio obtenía de eso Zarakelian? La poesía no es precisamente un negocio.

—Crearse una personalidad de acuerdo con sus barbas, su modo de vestir y su género de vida. La cosa acaba de descubrirse. Jean Rostand, un crítico que le hizo a Zarakelian una entrevista, se olió a gato encerrado. Ha seguido infinidad de pistas y al meter yo baza ha dado con Buble. Éste se ha desinflado de pronto, porque, al parecer Zarakelian se ha convertido en humo, debiéndole diez mil francos como diez mil soles. En fin, que el tinglado se ha derrumbado en medio de una tempestad. Hay que ver lo contento que está Rostand por saber lo que significa.

—Aguarda, Bingo, no desorbetes la cuestión. Todo tiene un motivo en este mundo. ¿Por qué hacía Zarakelian lo que hacía?

—Por estar metido en Saint-Germain y en la Sorbona, entre artistas y estudiantes. Esto es lo puerco del asunto, Milton. Zarakelian, que probablemente no se llama Zarakelian y habrá salido de cualquier *ghetto* centroeuropeo, es un comerciante. Digámoslo así: un comerciante. Sus dos especialidades son los estupefacientes y la trata de blancas, pero aprovecha todo lo que encuentra al alcance de su mano. Buble no ha tenido pelos en la lengua para delatarle. Él es una de las víctimas: el tomillo que le falta lo ha perdido por causa de la heroína que Zarakelian le metía en el cuerpo.

—¿Zarakelian no es comunista?

—Zarakelian no es nada. Es decir sí: es un cerdo.

—¿Y se ha convertido en humo?

—Nadie sabe dónde está.

Robbins respiró fuerte.

—Gracias, Bingo. Te envío un giro telegráfico. Apóstate detrás de la puerta y chúpate una absenta a mi salud en cuanto llegue.

La segunda llamada se produjo diez minutos después. Procedía de Banning, el jefe de la corresponsalía de la cadena Ground en París.

—Lo siento, Robbins —dijo—, pero las fuentes de información respecto al robo en la Saint-Simón han sido cegadas a cal y canto. Los nervios están de punta y la susceptibilidad al rojo vivo. Es terreno tabú.

—¿No has conseguido nada?

—Por ahí, no. Tengo solamente el historial de la Carruthers.

—A ver.

—Su padre era secretario consular en Budapest antes de la guerra. Estalló ésta. Por una serie de circunstancias no pudo escapar a tiempo y cuando nuestro país se metió en el bollo, él fue con su familia a un campo de concentración. Les costó la vida a él y a su esposa. Su hija Nan nos fue devuelta por los rusos después de arrollar éstos la Europa Oriental. Llevada a los Estados Unidos, entró a trabajar como intérprete en el Departamento de Estado. Más tarde solicitó salir al exterior y vino a nuestra Embajada en París. Finalmente, por haber alegado que el clima de París afectaba su salud, lo cual parece que es cierto, y como no deseaba abandonar Francia, se la trasladó a la Riviera. Su empleo en Montecarlo era de categoría inferior al que desempeñaba aquí, pero no había otra vacante y ella se avino al cambio gustosamente.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Sin sombras políticas?

—Debió de haberlas, pero nunca las dejó traslucir. Es importante su estancia en un campo de concentración nazi y su liberación por los rusos para comprenderla. Ella era entonces muy joven y en los campos de concentración desarrollaron los partidos comunistas una campaña muy hábil, cuyos efectos todavía no se han contrarrestado.

—¿No sabes cómo ha participado en lo de Saint-Simon? Parece un poco fuera de lugar, viviendo en Mónaco.

—No, ya te he dicho que eso es por el momento terreno tabú. Si averiguo algo, volveré a llamarte esta noche.

—Encantado —dijo Robbins.

Y se fue a terminar el almuerzo.

CAPÍTULO X

Jonathan B. Moss era distinto a como Robbins lo había imaginado. Más alto que su mujer, mostraba en su cara una expresión franca y abierta y tenía una pesada nariz de buen bebedor. Calvo y bien vestido, estaba pálido en una ciudad donde todo el mundo delataba en su epidermis las caricias del sol, lo que le daba un aspecto un tanto fuera de lo corriente.

Al abrir la puerta de su habitación, donde inspeccionaba los periódicos de la mañana y tomaba notas para su crónica, Robbins le encontró plantado en el umbral, sonriendo a medias.

—Soy Moss —dijo—. Supongo que es usted Milton Robbins.

El periodista asintió y le invitó a entrar.

—No necesitaba tomarse la molestia de venir. Pudo telefonarme.

—Quería conocerle.

—¿Un trago?

—Bueno.

Robbins preparó dos *highballs*. Moss le observaba.

—Vengo de mi casa —declaró—. Mi mujer me ha dicho que es usted periodista. Usted no me dijo que lo fuera anoche.

—¿Hay algo de malo en ello?

—No sé. Hace las cosas más... más interesadas.

Robbins movió la cabeza negativamente.

—Para el caso no tiene importancia ninguna. Soy un ciudadano de los Estados Unidos, usted también lo es, Kitty Morgan también lo es, o lo era. No aspiro más que a ayudarles.

Moss se bebió medio *highball* de un trago.

—Quizá.

—Supongo que ha venido por lo que le pedí que averiguara en Niza.

—Principalmente por eso. Me gustaría saber la razón de que

mencionara usted a un personaje en apariencia tan ajeno a Kitty y al mundo de Kitty como Inno Zarakelian. Me habló de intuiciones... Con su permiso, yo no creo en intuiciones.

El periodista sonrió. Moss le resultaba simpático.

—Tendrá que conformarse con una explicación esquemática —repuso—. Se habrá enterado de que una muchacha empleada en nuestro Consulado ha muerto asesinada misteriosamente, ¿no es así?

—Sí —articuló Moss, con un ligero gesto de sorpresa.

—Esa muchacha conocía a Zarakelian, o estuvo de algún modo relacionada con él. Por tanto, cuando el gerente del Sea Club le mencionó refiriéndose a Kitty, se me ocurrió emprender en su dirección una pesquisa.

—Pues nadie ha dicho nada de Zarakelian y esa muchacha... Nan Carruthers o como se llame.

—Por razones especiales, la mayor parte de la investigación se mantiene en secreto. Pero... —Robbins se inclinó hacia adelante para echarle un chorro de soda a su vaso—, observo que se interesa usted mucho por Inno Zarakelian. ¿Ha averiguado algo?

—Algo y no algo —repuso Moss, pensativo—. Caía algunas noches por Niza, le hizo allí a un reportero unas declaraciones sobre la paz que le dieron cierta fama —Robbins enarcó las cejas—, y visitaba el jardín de verano del Ambassador, donde actuaba Kitty. La invitó a unas copas más de una vez. Tres veces, sé el número exacto. A ella debió de chocarle el tipo, digo yo. Iba hecho una facha, tal como cree la gente que van los artistazos en París. Kitty, la pobre, no había visto mucho mundo. Era una ingenua.

—¿Muy ingenua?

—¿Por qué lo pregunta de ese modo?

Robbins titubeó.

—Moss, Zarakelian no era lo que parecía, y tenía de artista tanto como yo de farmacéutico. Se dedicaba, entre otras cosas, a la trata de blancas.

Moss se quedó con la boca entreabierta.

—El muy puerco.

—¿Y bien?

—No sé qué decirle. Tengo la esperanza de que Kitty no... En fin, no creo que Zarakelian se arriesgase a secuestrarla en plena

carretera, desde Niza a Montecarlo. Y si no la secuestró, ni hablar.

—Por el contrario —dijo Robbins, gravemente—, las circunstancias en que ha aparecido el coche de esa chica, por fantástico que parezca, sugieren la idea de un secuestro. O de algo peor. En el coche estaba el equipaje integro de Kitty. Si yo tuviera que secuestrar a una muchacha, me llevaría su equipaje con ella.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué Kitty Morgan ha muerto?

—¿No era eso lo que usted creía cuando indicó que le había ocurrido algo malo?

—Sí, pero ¿por qué? Me he roto la cabeza pensándolo. ¿Quién la ha matado y por qué? ¿Qué enemigos tenía? ¿Qué se ganaba con su muerte? Si ha habido un asesinato, se requiere un móvil. Bueno, ¿qué móvil? ¿Un crimen pasional? ¿Qué cuerno de crimen pasional, si esa pobre chica no tuvo el menor lío con nadie?

—¿Qué sabemos nosotros de ella? —Le opuso Robbins, rápidamente—. El móvil de su supuesto asesinato puede estar muy lejos de aquí. Al otro lado del Atlántico, en Luisiana, Dios sabe dónde. La vida de una persona, ni que sea una persona joven como Kitty, no se limita a los pocos días de su actuación en un local de Niza. Hay otras cosas, Moss. Muchas otras cosas. Debe de haberlas.

Moss inclinó la cabeza.

—Todo esto —dijo—, es infernalmente complicado.

Y un momento después se marchó, dejando a Robbins con su *whisky*, su soda y su máquina de escribir.

Tan pronto terminó su trabajo, el periodista abandonó también su habitación y descendió a la calle.

En el *comptoir* le dijeron que Stokes ocupaba la habitación 43. Subió en el ascensor. Recorrió un pasillo. Las puertas tenían los números incrustados en bronce.

Pulsó el zumbador y lo oyó sonar. Le pareció oír también otro rumor indefinible, un rumor apagado. Esperó.

Mirando a uno y otro extremo del pasillo, Robbins sacó su llavero y separó en él el trozo de alambre que formaba parte de su «equipo profesional» de periodista. Con habilidad nacida de una larga práctica, lo introdujo en la cerradura y manipuló un instante.

Un instante más y la puerta se abrió. Robbins entró y la cerró tras de sí quedamente.

La habitación, ajustadas las persianas, estaba sumida en una

penumbra que era, para sus ojos habituados a la luz exterior, oscuridad total. El reportero extendió la mano en busca del interruptor.

Lo que encontró fue una cabeza humana. Palpó el cabello. Se quedó yerto de asombro.

Luego, la cabeza se movió y eludió su contacto. Robbins recibió un terrible golpe en el hombro, surgido de las tinieblas. Quiso retroceder y otro golpe le alcanzó en el cuello. Se le doblaron las rodillas. Cayó hacia delante, braceando en el vacío. Sus manos entraron entonces en contacto con una tela lisa y escurridiza que envolvía un cuerpo y durante una fracción de segundo trataron de asirse a éste.

Un tercer golpe reventó en su cráneo. Robbins oyó distintamente el siseo de una tela al rasgarse entre sus crispados dedos. Después no pudo más y se abandonó a la inercia.

La habitación estaba llena de luz cuando abrió los ojos y alguien le salpicaba de agua la cara. Tenía la cabeza y el cuello agarrotados por el dolor de modo que necesitó de un verdadero esfuerzo para volverse un poco y ver quién había a su lado.

Era Stockes. Su rostro compungido mostraba muy poco en común con la expresión alucinada que el alcohol le había prestado la víspera.

—Basta, no me moje más —articuló pesadamente el periodista—. ¿Es usted quién me ha pegado?

—¡Yo! —exclamó Stockes—. ¡Oh, no!

Robbins intentó incorporarse y el dolor le tumbó nuevamente.

—Vamos, muévase. Necesito un par de aspirinas y un triple *whisky* solo, sin burbujas.

Entornó los párpados y se quedó quieto. Le pareció que había transcurrido una eternidad cuando la voz de Stockes volvió a sonar a su lado.

—Eh, amigo.

Traía las aspirinas y el *whisky*. Le ayudó a Robbins a beber.

—Ahora, déjeme —murmuró éste—. No me toque hasta que comience el efecto. Siéntese por ahí y no se mueva.

El agarrotamiento de su nuca desapareció poco a poco. Se levantó al fin, todavía aturdido, pero casi totalmente libre de dolor. Se palpó el cráneo. Tenía un bulto como una nuez.

Stockes, hundido en un sillón, le observaba.

—¿Qué ha pasado?

—¡Oh, yo no sé! Fue una sorpresa. Encontré la puerta abierta, entré y le vi ahí caído.

—¿No es ésta su habitación?

—Sí.

—¿Y no estaba usted aquí cuando entré yo?

—No, no, salí a un recado.

—¿Tiene más *whisky*?

Stockes asintió y se apresuró a servírselo. Robbins fue a sentarse en uno de los sillones. Las persianas, abiertas, daban paso a una cascada de sol.

—Esto no me gusta nada —gruñó el periodista. De pronto, mientras examinaba la habitación, descubrió en el lugar donde estuvo tendido un retal de tela negra—. Había alguien oculto en la oscuridad —señaló el retal—. Alguien que llevaba una prenda de color negro. Pero como sucedieron las cosas, juraría que fueron lo menos dos personas. Una estaba delante de mí, en tanto que la otra me golpeaba.

—Pero ¿cómo es posible? —balbuceó Stockes.

Robbins se levantó y recogió el retal. Era seda. Sus dedos lo habían atrancado cuando cayó. Lo mismo podía pertenecer a una camisa de hombre que a un vestido de mujer.

—Stockes, dígame la verdad.

—Se la digo... se la digo y se la redigo por mi madre, Robbins.

El periodista movió dubitativamente la cabeza.

—En menudo lío se ha metido usted. ¿Sabe ya quién era Nan Carruthers y a qué se dedicaba? ¿O lo sabía desde el primer momento?

—Le ruego que no me hable de Nan. Es demasiado... reciente.

Robbins fue hacia él, le agarró de los pelos y le alzó la cara para mirarle a los ojos.

—Nan era una miserable espía, al servicio de los intereses soviéticos. Su último golpe lo ha dado contra la Factoría Experimental Saint-Simon, de donde se han sustraído fotocopias de extraordinario valor militar. Usted trabaja para la NATO y la Saint-Simón está incluida en la Organización. Bueno ¿cuál ha sido su participación en el asunto?

—¡Robbins!

—¡No grite y responda!

—¡Robbins, usted no puede decir eso de ella! ¡Es falso! ¡Es una calumnia asquerosa!

Robbins le soltó.

—¿Usted se comprometió con Nan el día 20 de este mes?

Dos lágrimas se le escurrían por las mejillas a Stockes.

—Tenía proyectado... formalizar nuestras relaciones al comenzar estas vacaciones... aquí... Compré el anillo. Era tan feliz... Por Dios, Robbins, tenga piedad.

El periodista hizo un gesto de enojo.

—Que me ahorquen si le entiendo, camarada. Una mujer fría, falsa, fea, hostil, y que encima vive de hacerle marranadas a su propia patria y llorar por ella. Váyase usted al cuerno, Stockes.

—A Nan había que comprenderla. Robbins, si sigue insultándola, yo...

—Usted estaba enterado de sus manejos.

—¡No, los ignoraba! ¡Y no creeré en ellos, así me muera!

Robbins, sin poder contenerse, le cruzó la cara de un bofetón.

—¿De qué índole era la amistad entre Nan y Zarakelian?

Stockes estupefacto, lloriqueante, no respondió.

—¿No me ha oído?

—No sé... quién es Zarakelian.

—¿Por qué ha muerto Nan? ¿Por qué se intentó tan estúpidamente hacer desaparecer su cadáver? ¿Quién, la ha matado? ¿Han sido sus cómplices? ¿Ha sido un agente secreto francés, norteamericano o de algún país afín? ¿Ha sido usted?

—¡Yo!

—¿Ha sido usted, horrorizado, defraudado, chasqueado o lo que sea, al descubrir su verdadera personalidad?

—¿Ha sido usted, herido en su amor propio por el tremendo fiasco de que fue objeto?

—¡Déjeme! —gritó Stockes—. ¡Usted está loco!

Robbins retrocedió un paso para verle bien. Demudado, lagrimeando, con los cabellos de punta, Stockes temblaba.

El periodista se encogió desdeñosamente de hombros. Sacó la pitillera, despacio, y encendió un cigarrillo.

Luego volvió la espalda y se fue.

CAPÍTULO XI

Antes de proseguir sus pesquisas, Robbins regresó al hotel. La lucha en las tinieblas había dejado maltrechas sus ropas y su escrupuloso sentido de la elegancia le impedía andar por el mundo en aquel estado. La pulcritud en el vestir era su única debilidad.

Manoseando distraídamente el retal de seda negra entró en el vestíbulo. Al momento, el empleado del *comptoir* hizo un gesto en su dirección.

—¡Oh, *monsieur* Robbins! Le han llamado repetidas veces y con gran urgencia al teléfono. *Monsieur le consul des Etats-Unis*...

—¿Dijo qué quería?

—Ponerse en inmediato contacto con usted, *monsieur*.

Robbins subió a su habitación y desde allí, llamó al Consulado.

—¿Ocurre algo, señor?

—Ocurre —respondió el cónsul, secamente—, pero no es para tratarlo por teléfono. Venga y dese prisa.

Robbins no se dio demasiada prisa. Se sentía aún torpe y con la cabeza pesada por los golpes recibidos. Se desnudó, tomó una ducha, se aplicó un poco de masaje a la espalda y al cuello, inspeccionó el bulto que tenía en el cráneo, bebió un *highball* muy cargado y se puso otras ropas.

Fue al Consulado en taxi.

El cónsul no estaba solo en su despacho. Le acompañaba el inspector Cantin. La cara de ratón de éste había perdido buena parte de su viveza para adquirir una insólita expresión solemne. A Robbins le sorprendió hallar a aquellos dos hombres juntos.

—Hace calor —dijo, sentándose.

Cantin unía y desunía rápidamente las manos. El cónsul carraspeó, mirando ceñudamente al periodista.

—Si le he llamado ha sido a requerimiento del inspector —declaró—. Parece y le felicito por ello, que se ha ganado su

confianza.

Robbins dedicó al aludido un gesto amistoso.

—Gracias. Se trata de algo grave, al parecer.

—Otro asesinato —anunció Cantin.

El periodista se quedó rígido.

—Kitty Morgan.

—No.

—¿No?

—Usted me habló de él —intervino el cónsul—. Ahora está ya claro por qué no vino a verme, por qué no elevó su protesta.

—¡Su protesta! ¿No estará usted refiriéndose al hombre del *Deuxième Bureau*? ¿Al comisario Latour?

—En efecto.

Robbins, encendiendo un cigarrillo, se dio tiempo para reflexionar. Latour había muerto. Esto significaba que algo importante descubrió. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué hizo después de haberle él derribado en la habitación de Nan Carruthers?

—¿Eso es todo?

—*Monsieur* —dijo el inspector—, la situación se ha puesto para mí terriblemente embarazosa. Su Alteza me ha llamado a palacio para informarse personalmente de los extraños sucesos que tienen lugar en el Principado. Esto es muy duro para él porque lleva implícitos nuestro prestigio, nuestra reputación internacional, nuestra fama de ser Mónaco un plácido país de cuento de hadas. Por su parte, también *monsieur* Onassis^[1] exige explicaciones.

Estos trágicos incidentes, en pleno comienzo de la temporada estival, pueden arruinar para el resto del año nuestro turismo. Yo, compréndalo, me encuentro entre la espada y la pared. Mucho temo que en el asunto jueguen fuerzas que escapan a mis atribuciones. Resulta verdaderamente terrible, incalculablemente terrible, que nada menos que un inspector del servicio de contraespionaje francés muera asesinado en esta ciudad. He pensado pedirles socorro a ustedes. A los dos, *monsieur*. No me dejará usted en el atolladero, *monsieur* Robbins.

Robbins observó de reojo que el cónsul sudaba.

—¿Qué puedo hacer yo? —repuso—. Es el cónsul quien dispone de mí. Es él quien ata y desata mis manos.

—Robbins no diga tonterías. Haremos lo posible por complacerle, inspector. —El cónsul puso cara de circunstancias—. Naturalmente, hay ciertas cosas que no se pueden ventilar a la ligera, pero en cuanto dependa de nosotros, no se ahorrará esfuerzo ninguno. Si lo que usted desea es que. Milton Robbins tome parte activa en la investigación, por mí no existe inconveniente. Ahora bien, Robbins es periodista. No puedo admitir en este caso ni publicidad ni exclusivismos profesionales.

—¿Cuándo he hablado yo de publicidad o de exclusivismos? —exclamó Robbins, burlonamente—. Me metí en el embrollo por hacerle un favor a ese mocoso de Stockes, y lo primero que le dije a usted anoche, en la piscina, fue que no me considerase un periodista sino un americano de buena voluntad. ¿Por qué empeñarse en interpretarlo torcidamente todo?

—Pero usted sabe...

—Más vale que dejemos esto, señor. Yo no transijo ni transigiré con sutilidades diplomáticas, ni me avendré nunca a la coacción y al silencio por la fuerza. —Robbins se volvió a Cantin—. Al grano, inspector. ¿Qué le ha pasado a Latour?

Cantin tragó saliva.

—Una pareja de enamorados ha descubierto su cadáver entre las rocas de Cap d'Envers. ¿Sabe usted dónde está eso?

—Al extremo de las playas.

—Sí. Todo indica que el comisario fue conducido a Cap d'Envers por el camino que descende desde el arrabal de la ciudad y allí arrojado al agua. Ésta es muy poco profunda, sin embargo, y las olas han mantenido el cadáver junto a la orilla.

—¿Murió ahogado?

—No, no, le hundieron el cráneo de un golpe. Dice el médico que sus pulmones están secos, que ya había muerto cuando cayó al mar.

—De un golpe —repitió Robbins, pensativo.

—Sí. Es decir, de varios golpes. Fue apaleado salvajemente.

—¿Se ha determinado cuándo?

—Es difícil precisarlo, tal como está. Anoche, no más tarde de esta madrugada.

—¿Hay algún indicio?

—Ninguno, desgraciadamente.

—¿Se ha ocupado usted en determinar sus movimientos desde que llegó a Mónaco? ¿Sabe quién le vio por última vez?

—He investigado ese extremo, sí, pero el resultado es precario. Latour llegó anoche y tomó habitación en Aux Belles Françaises. No se le ha vuelto a ver desde entonces.

—Se hospedó en el mismo hotel que Nan Carruthers.

—Sí.

Robbins miró al cónsul y luego al inspector.

—Nan Carruthers era sospechosa de intervención en un *affaire* de espionaje. Latour venía a vigilarla e interrogarla.

—¿Espionaje? ¿Aquí? —inquirió Cantin, oscuramente.

—Ésa es la parte del asunto que al cónsul no le gusta tratar. Nada puedo revelarles sin su autorización.

El cónsul sudaba otra vez.

—Sea usted comprensivo, inspector —articuló—. Sólo pido un breve plazo mal sea hasta que la Embajada me remita nuevas instrucciones. El secreto de esta cuestión no me pertenece.

Cantin no parecía precisamente contento.

—No se puede trabajar así.

—Lo siento mucho.

—Pero usted se ha comprometido a resolver la situación.

—Déjeme que obre a mi modo, inspector, se lo suplico. De los tres que estamos aquí, el único que tiene realmente las manos atadas soy yo.

Cantin avanzó solemnemente un paso y miró hacia la puerta.

—Creo que he perdido el tiempo.

—No, por Dios, no lo tome de ese modo. Nosotros...

El inspector echó a andar hacia la puerta.

—El *Deuxième Bureau* me informará. Yo represento en este asunto la máxima autoridad policíaca del Principado, de modo que, muerto Latour, dudo que se anden con tontas reticencias. Buenas tardes, *monsieur*.

—Aguarde —dijo Robbins, poniéndose en pie—. Le acompañaré. Me gustaría ver el cadáver.

—Robbins —llamó el cónsul, con voz helada.

—¿Qué quiere?

—Usted se queda. Necesito hablarle.

El periodista le miró a los ojos.

—¿Es una orden?

—Es... un ruego.

Robbins sonrió.

—Muy bien. Le veré más tarde, inspector. Y no tome demasiado a pecho las contrariedades. No merece la pena.

Cantin saludó y salió.

El periodista volvió a sentarse.

—La situación es de verdad penosa —dijo el cónsul, acariciándose las sienes con las manos—. Me duele haber despedido a ese hombre así, pero es porque estoy expuesto a dar un resbalón y no quiero resignarme.

—No hace falta que se excuse conmigo.

—Por favor, Robbins, no sea mordaz. Trato de obrar rectamente, he ahí todo. Debiera usted...

—Señor, ¿me ha hecho quedar para decirme eso?

Una sombra flotaba sobre el rostro del cónsul.

—Está bien, puesto que le gustan las cosas directas, no. He llegado a la conclusión de que más me vale franquearme con usted y darle carta blanca. Esperaba que viniese de París algún agente del F. S. D.

[2] o algún enviado militar, pero puesto que no ha sido todavía así y las cosas se complican, opto por resolver yo sólo mis propios problemas. Ante todo, ¿qué opina usted de lo que aquí sucede?

—¿Va a abrimme su libro de secretos?

—Mis secretos no llenan ni una página. Bueno, ¿qué opina?

Robbins se tomó tiempo antes de responder.

—No tengo opinión formada, está todo demasiado confuso aún. En lo que aquí sucede ¿incluye usted la desaparición de Kitty Morgan?

—¿No?

—No lo sé. Trate de contarme todo cuanto sepa, quizá me ayude a ver un poco de luz.

—Ayer por la mañana —dijo el cónsul, mirando al techo—, recibí una comunicación telefónica de nuestro embajador en París ordenándome que procediera a la detención inmediata de Nan Carruthers. Transmití la orden y descubrí que la Carruthers, no sólo no había acudido a la oficina, sino que faltaba de su hotel desde la noche anterior. Lo comuniqué a la Embajada. Acto seguido me fue

narrada toda la historia.

»Está usted enterado de que unos interesantes documentos desaparecieron de la factoría Saint-Simón. Pues bien, la policía francesa siguió varias pistas, una de las cuales dio excelentes frutos. En una colección de huellas dactilares tomadas con motivo del robo, se identificaron las de un muchacho procesado en 1946 por estafa. Un miserable que salió condenado a una nadería, pero cuyos antecedentes le incapacitaban para trabajar en un lugar donde el personal es seleccionado con tanto escrúpulo. Nadie consiguió explicarse cómo entró a formar parte de la plantilla, pero lo cierto es que con nombre falso estaba allí, y que en su documentación figuraban un brillante historial militar y una Medalla de la Resistencia, también falsos.

Este muchacho era al parecer, quien había sustraído de obra el proyecto de los turborreactores. Interrogado, declaró que, en efecto, un cierto individuo, cuyo nombre se me ha olvidado y poco importa, le había procurado la documentación falsa para entrar en la Saint-Simón como delineante, dado que el muchacho es un dibujante más que habilidoso. A este mismo individuo, a cambio de una suma no precisamente elevada, entregó las fotocopias. Su participación en los hechos terminaba aquí.

»También el segundo personaje fue detenido por los agentes del *Deuxième Bureau*. Era un elemento de altura, sin antecedentes, que se negó en redondo a hacer la menor declaración. No obstante, tomado de improviso, no pudo protegerse, y en su oficina se descubrió un extraño fichero cifrado, cuyo contenido no quiso explicar. Los expertos de la policía se encargaron de ponerlo en claro. Les llevó un tiempo relativamente breve. Había, creo, unas doce fichas y cada una resultó corresponder a una persona señalada únicamente por sus iniciales y una referencia a su dirección. El *Deuxième Bureau* se lanzó apresuradamente por los doce caminos. Uno de ellos conducía a N. C. en Aux Belles Françaises, Montecarlo. Fue sencillo averiguar que en este hotel había una Nan Carruthers, empleada en el consulado de Estados Unidos. Ignoro lo que se hizo con las once direcciones restantes, pero por lo que respecta a la Carruthers, se envió aviso a nuestra Embajada y a través de ella me llegó a mí. Esto ocurrió ayer. Fue el principio de todo lo que ha pasado.

El cónsul calló y hubo un largo silencio.

—Parece imposible —dijo al fin Robbins—, pero eso no explica nada, o casi nada. Por ejemplo, ¿dónde encaja Zarakelian?

—¿Es forzoso encajarle?

—Hay más —prosiguió el periodista, sin responder—. A la vista de lo ocurrido se comprende que, al caer esa segundo personaje propietario de un fichero comprometedor, la organización, pues está claro que existió una organización, se aprestase a la defensiva. Tuvo de margen el tiempo transcurrido entre la detención y el descifrado de las fichas. Pero así fíjese en esto señor, se comprendería solamente que Nan Carruthers hubiera desaparecido. Es decir, que se apresurase a abandonar Mónaco, Francia, quizá Europa, para ponerse en seguridad. Lo que no se comprende por muchas vueltas que se le dé —Robbins hizo una profunda aspiración—, es que *haya sido asesinada*.

—Sugiere usted que no había motivo —asintió lentamente el cónsul—. Sin embargo...

—Sé lo que va a oponerme: pudieron matarla sus cómplices, la gente que dependía de ella, los que iban a sentirse más tranquilos si le cerraban para siempre la boca. Acaso, quién sabe. Pero yo diría que el problema es mucho, muchísimo más complicado, señor.

—No le entiendo, Robbins. ¿En qué se funda?

El periodista titubeó antes de responder.

—Si se encontrara usted con que ha cometido un asesinato —dijo luego—, aquí, en Mónaco, y necesitara deshacerse del cadáver, ¿se le ocurriría llevarlo a un balandro abandonado y prenderle fuego después de haberlo rociado con petróleo?

—Bien, supongo que no.

—Nada de suposiciones: *seguro* que no. ¿A qué viene un método así de inverosímil y complicado? ¿No existe el mar, donde un cadáver desaparecerá para siempre con sólo que se le ate una piedra al cuello? ¿No ha sido, por cierto y con muy mala fortuna, arrojado al mar el cuerpo del comisario Latour?

—Tiene usted razón, Robbins.

—Entonces, ¿por qué se hizo lo que se hizo con el cadáver de Nan?

El cónsul arrugó el entrecejo.

—¿Qué piensa usted?

Robbins se alzó resignadamente de hombros.

—Nada. Pero quien conteste a esta pregunta, señor, tendrá en sus manos la solución de todos los enigmas que hoy entorpecen nuestro trabajo.

CAPÍTULO XII

El traje azul del comisario Latour estaba hecho una porquería. Por como lo llevaba puesto se veía que habían desnudado su cadáver para proceder al examen médico preliminar de la autopsia y que luego lo habían vuelto a vestir. Pequeño, ventrudo, Latour tenía, una vez muerto, un aspecto poco agradable. Su calva se la habían destrozado a golpes. Después de la estancia en el mar, la herida resultaba particularmente nauseabunda. Robbins la miró lo menos que pudo.

—Azares de la profesión —dijo el inspector Cantin, lúgubrementemente—. El día menos pensado, si en Montecarlo toma arraigo la brutalidad, seré yo quien esté ahí, tendido en esa mesa.

—Le deseo mejor suerte —repuso el periodista, extendiendo la sábana sobre el rostro hinchado y gris del muerto—. Es difícil que la brutalidad arraigue en este paraíso. Lo que hemos presenciado no son sino muestras extemporáneas, y, además, importadas del exterior. ¿Se ha practicado ya la autopsia a Nan Carruthers?

—Sí.

—¿Algo nuevo?

—El médico ha confirmado su diagnóstico: estrangulamiento, alrededor de veinticuatro horas antes del incendio del balandro.

Los dos hombres abandonaron el depósito.

—Inspector —dijo Robbins—, ¿ha pensado usted que la única explicación a la muerte de Latour es que en un determinado momento supo demasiado? ¿Qué algo muy importante averiguó, en otras palabras?

—Sí, *monsieur* Robbins —replicó tristemente Cantin—. Lo pensé.

—¿No hay modo de saber qué fue eso que averiguó?

—No.

—¿Ha registrado su habitación?

—Inútilmente.

—¿Me permite echar una mirada a mí?

El inspector asintió y se sacó del bolsillo una estilográfica y una tarjeta.

—Tengo a un hombre de guardia en Aux Belles Françaises. Le daré una nota para él. No le molestará, es un buen muchacho.

Buscó un lugar donde apoyarse, redactó la nota, sopló sobre la tinta para secarla y se la tendió a Robbins.

—Gracias.

—No son necesarias, *monsieur*. Su visita, desgraciadamente, será en vano.

Robbins salió del hotel de Ville, tomó un taxi y se hizo conducir al que fue escenario de las últimas horas de vida, lo mismo de Nan Carruthers que del comisario Latour. Durante el trayecto trató de imaginar lo satisfechos que se sentirían de esta circunstancia los dueños de Aux Belles Françaises. Sonrió. Latour pecó de desprevénido, pero su idea de instalarse en el mismo lugar que la mujer en cuya busca iba, fue buena. Su propio asesinato lo demostraba. Robbins se dijo si no sería buena idea también seguir su ejemplo. Seguirlo con muchas precauciones, claro está.

Cuando su taxi se aproximaba al hotel, vio que otro se hallaba parado ante la puerta y que alguien salía a ocuparlo en aquel momento: una figura alta, flaca, enlutada, que caminaba con ayuda de un bastón.

—No pare, siga —le dijo impulsivamente al conductor—. Deténgase en la esquina próxima.

La mujer era la señora Weekes. Robbins se volvió para observarla por la ventanilla trasera. Le había sorprendido verla, como si la visión hubiera despertado algo dormido en su subconsciente. Mientras ella subía trabajosamente al taxi, ayudada por el portero del hotel, pensó que la señora Weekes era un poco el comodín en aquel juego absurdo donde Nan Carruthers, Kitty Morgan, Inno Zarakelian, Jason Stockes, el comisario Latour e incluso la inquietante Florence Miller equivalían cada uno a un triunfo.

A todo esto, el taxi de la señora Weekes se había puesto en marcha. Robbins se pasó la mano por la frente, asombrado de que el simple vislumbre de aquella mujer le hubiera desconcertado hasta tal punto.

—No pierda de vista ese coche —le ordenó al conductor.

El taxi de la señora Weekes cruzó a todo lo ancho la ciudad, llegó al arrabal donde las villas se ocultaban en el bosque y, repentinamente, se detuvo.

—Siga —dijo Robbins al chófer del suyo—. Doble cuando encuentre una bocacalle.

El hombre obedeció y el otro taxi quedó atrás.

—Pare ahora.

Robbins pagó y se apeó. En cuanto el coche hubo desaparecido, retrocedió hasta la esquina. Miró con precauciones. También el taxi de la señora Weekes se había alejado, pero ella avanzaba lentamente por el lado contrario de la calle, negra y tiesa; apoyándose en su bastón.

La calle por dónde la señora Weekes caminaba, se hallaba flanqueada de parques y villas, y a su derecha, abajo estaba el mar. Robbins se las ingenió para seguir a la mujer sin ser visto, aprovechando todo hueco en las tapias, toda puerta, todo accidente. La aventura, si bien el trecho recorrido fue corto, se prolongó casi diez minutos por el paso cansino de la inglesa.

De pronto, la mujer se detuvo ante la cancela de un jardín determinado. Miró a un extremo de la calle, y Robbins se ocultó antes de que mirase también en su dirección. Esperó nuevamente, sin impacientarse.

Cuando se decidió a asomar la cabeza, de la señora Weekes no se distinguía ni rastro.

Robbins echó a andar pegado a la tapia, por encima de la cual asomaba un seto cuajado de flores. Al llegar a la abertura de la puerta, sin mostrarse, vio un parque selvático, descuidado, lleno de maleza. Al fondo, una casa. Y nadie.

La calle seguía desierta. El periodista volvió al comienzo de la tapia, calculó su altura, y sin vacilar saltó, se izó al seto, traspuso éste y se dejó caer detrás de unos árboles. Un momento después, desplazándose nada más que unos metros, tenía de la casa y del camino de la casa a la puerta una amplia perspectiva.

Siguió esperando, bien oculto entre el follaje. Quince minutos. Luego, veinte. Al fin, la puerta de la casa se abrió.

Surgió por ella la señora Weekes sola. Pero el periodista la contempló con ojos dilatados de asombro. La señora Weekes

fumaba, cediendo el humo en un enérgico chorro. Llevaba al hombro el bastón y caminaba con viveza, con desenvoltura, a pasos largos, ágiles, vigorosos, totalmente distintos del andar achacoso y cansino que empleó para llegar hasta allí.

De este modo alcanzó la cancela. Entonces arrojó al suelo el cigarrillo, sacó de entre sus negras ropas una llave y la hizo girar en la cerradura. En cuanto ganó la calle recobró su caminar habitual. Lentamente desapareció.

Robbins, perplejo, se acarició el mentón. Estaba calculando cuál podía ser el significado de lo que había visto y no conseguía una explicación apropiada. No obstante, la enhiesta figura de la señora Weekes cruzando el jardín audaz, fuerte, decidida, con el bastón a hombros, le recordaba algo, una imagen lejana, una vaga impresión de su retina. Algo que había visto en otro tiempo y en otro lugar. Pero pese a sus esfuerzos, no pudo concretar qué.

Haría un cuarto de hora que la mujer había desaparecido cuando el periodista abandonó su refugio y echó a andar al abrigo de los árboles en dirección a la casa. Nada en ésta daba señales de vida: ventanas cerradas, silencio, soledad. Al llegar junto a la fachada titubeó. Luego se aproximó a la puerta. Tenía una cerradura Yale, con la que era inútil su trozo de alambre curvado.

Dio la vuelta hasta encontrar otra puerta posterior, por un jardín que parecía una selva. El cerrojo de la puerta trasera no era Yale. Instantes después, Robbins había entrado.

La casa se hallaba, no sólo inhabitada, sino desamueblada. Esto era evidente. Sobre la alfombra de polvo que cubría el vestíbulo, aparecían numerosas huellas, casi todas en abrumadora mayoría conducentes a una habitación lateral. Robbins se encaminó a ésta. Estaba vacía también, salvo una gran caja de madera junto a la pared. Infinidad de colillas sembraban el suelo, como si en aquella pieza no se hubiera hecho más que fumar. El periodista sonrió. Fumar significaba esperar.

Alguien, quién sabe cuántas personas, había o habían esperado largamente en la atmósfera lúgubre de aquella casa siniestra.

Sobre la caja se veía una hoja de papel. El periodista la cogió. Con letra enérgica, de trazos gruesos, había escrita una única frase:

«Lláname desde una cabina pública».

El polvo no se había posado aún sobre la tinta. El mensaje, destinado a un ser sin nombre, pudo y debió haberlo redactado la señora Weekes.

Robbins abrió la caja. Contenía dos botellas de ginebra vacías, otra por la mitad, un vaso y un lío de ropa. El fondo del vaso estaba húmedo, como si se acabara de beber en él. La señora Weekes había bebido. ¿Era así?

La ropa era de mujer. Nueva, bonita. Un equipo completo, incluidos los zapatos, las prendas interiores, todo. Robbins lo extendió en el suelo y trató de imaginar cómo sería la persona que lo había llevado. Una muchacha joven, sin duda. Ni alta ni baja, ni flaca ni gruesa. De buen gusto, un poco chillón.

¿Kitty Morgan?

El periodista se pasó una mano por la frente. La misma trascendencia de lo que estaba descubriendo le horrorizaba. Si aquellas ropas pertenecían a Kitty Morgan, ¿dónde estaba ella? ¿Muerta también? ¿Qué fue entonces de su cadáver? ¿Yacía en el fondo del mar, con menos fortuna que los de Latour y Nan Carruthers?

Mordiéndose los labios, Robbins volvió a meter el lío de ropa en la caja y abandonó la habitación. Su recorrido por la casa le deparó dos nuevos descubrimientos.

El primero fue que dos únicos rastros de pisadas sobre el polvo se dirigían desde el vestíbulo a la pieza opuesta a la que acababa de visitar. Entró en ella. Los rastros se confundían en el suelo con la ancha marca dejada por un cuerpo o un objeto grande que fue arrastrado hasta la ventana. Robbins, inmóvil, trató de arrancarles a las huellas su mensaje. Y entonces vio allí donde aparecían más confusas, una mancha parda de aproximadamente veinte centímetros de diámetro.

Se aproximó, se agachó y la tocó. Era sangre seca.

Robbins se asomó a la ventana.

Su segundo descubrimiento se produjo así. Porque la ventana, más allá de unos metros de jardín, ofrecía una amplia vista de Cap d'Envers y del camino que descendía a éste desde el arrabal.

En Cap d'Envers se había descubierto el cadáver de Latour.

CAPÍTULO XIII

De regreso en su habitación del hotel, Robbins tomó el teléfono y llamó a Cantin.

—¿Encontró usted algo? —preguntó el inspector.

—Si se refiere a mi registro de la habitación del comisario, no. No hice el registro. Pero tengo algo mucho más importante.

—¿Importante de veras?

—Inspector, ¿qué sabe usted de la señora Weekes?

—Prácticamente, nada.

—Pues es preciso que lo averigüe todo. Pregunte en el consulado inglés, lleve las pesquisas hasta donde sea: es absolutamente preciso, inspector.

Cantin guardó un breve silencio.

—¿Por qué? Esa dama, *monsieur*, dudo que...

—Aguarde, no he terminado. Vaya usted sin pérdida de tiempo al número 22 de la calle de Champollion. Es una villa en apariencia deshabitada. Fíjese bien en lo que contiene. Lleve consigo algún perito, tome fotografías, recoja impresiones digitales. Sobre una caja encontrará un mensaje. La señora Weekes lo ha escrito. Ha estado allí, esto le explicará muchas cosas.

—Pero...

—Un momento aún. Una vez realizada la inspección, retírese de la villa y déjela bajo vigilancia. Si la trampa funciona bien, algún pájaro caerá. Dios haga que no nos abandone la suerte. Y otra cosa: ingénieselas para interceptar el teléfono de Aux Belles Françaises y registrar cualquier conversación que la señora Weekes sostenga.

—¿No se ha equivocado usted, *monsieur*?

Robbins rió sin alegría.

—No, inspector, no me he equivocado. Con mis propios ojos he visto a la señora Weekes en esa villa. Es más, la he visto andar, fumar y moverse como nunca creí que lo hiciera una mujer a sus

años. Me ha recordado a alguien, no he sabido al principio quién. Ahora lo sé. Me ha acudido a la memoria de pronto. Está bien claro.

Sonó el zumbador de la puerta. A través del teléfono, Cantin preguntó:

—¿Dice que *madame* Weekes le ha recordado a alguien? Por Dios, *monsieur*. ¿De qué me habla?

—Me ha recordado —replicó Robbins, lentamente— al párroco de mi pueblo, cuando cada atardecer, regresaba de su paseo con el bastón al hombro.

La llamada a la puerta se repitió. El inspector emitió un sonido ininteligible.

—*Monsieur* —dijo luego—, usted habrá tomado unas copas... o algo le habrá ocurrido.

—Un último favor —le atajó el periodista. El zumbador, insistente, seguía sonando—. Según he oído, Zarakelian hizo en Niza unas declaraciones sobre la paz al redactor de no sé qué periódico, que las publicó con su fotografía. ¿Podría usted procurarme ese periódico? ¿Podría enviármelo al hotel cuanto antes?

—Supongo que sí.

—Se lo agradeceré. Y no olvide el resto.

Sin esperar la réplica de Cantin, Robbins colgó. El zumbador parecía exigir que la puerta se abriera inmediatamente. Robbins cruzó la habitación para abrirla. Lo hizo.

Se quedó estupefacto. Enfundada en un vestido rojo que exaltaba la perfección de sus formas, al tiempo que dejaba sus morenos hombros desnudos, sonriéndole en el umbral, se hallaba Florence Miller.

—¿Qué tal, Charlie Número Dos?

El periodista se apartó para franquearle el paso.

—Helado de asombro —repuso.

La muchacha entró con aire desenvuelto y miró en torno. Vio la máquina de escribir abierta, las cuartillas, un vaso vacío. Avanzó y se dejó caer en un sillón. Cruzó las piernas. Robbins tuvo forzosamente que posar en ellas la vista.

—Bueno, ¿no dice nada más?

—¿A qué... a qué, ha venido?

—En su busca. Vamos a cenar juntos en el Sporting Club.

Robbins le ofreció un cigarrillo y se lo encendió, observándola, escrutando su rostro, esforzándose por leer en sus ojos sus pensamientos. Ella sostuvo su mirada sin vacilar.

—¿Está segura?

—Segurísima. El azar lo ha escrito en el libro de nuestras vidas y ya nadie podrá borrarlo.

—¿Quiere un *highball*?

—Pues... sí. ¿Qué le pasa? ¿No le ha gustado la alusión al libro de nuestras vidas?

Robbins le volvió la espalda y preparó dos vasos sin responder. Después dijo:

—Me gustaría saber qué pretende usted de mí. Dar caza a un hombre descaradamente, no es el mejor medio de atraérselo, cualquier manual de coquetería se lo indicará. Y si se trata de algo distinto...

—¿De qué va a tratarse?

—No sé. Pero están ocurriendo cosas raras en Montecarlo, paloma.

Florence echó la cabeza atrás.

—Repito que dar caza...

—No sea tonto. Con los hombres hay un método infalible: mostrarse desconcertante. Yo lo soy. Caen como moscas.

—Jamás oí a una mujer hablar como habla usted —reconoció Robbins.

—¿Se da cuenta?

—Quiero decir que jamás conocí una mujer tan astuta... o tan imbécil.

—Ponga imbécil y acertará. Una imbécil de corazón inflamable.

—Florence apuró el *highball*, descruzó espectacularmente las piernas y se puso en pie—. ¿Vamos a cenar?

Sonriendo a medias, el periodista la llevó a la puerta cogida del brazo.

—Espéreme ahí fuera. En un momento termino.

—Pero ¡oiga!...

Robbins la sacó al pasillo y cerró.

Permaneció unos segundos reflexionando, acariciándose el mentón. Luego, con deliberada calma, se mudó de ropa.

No encontró a la muchacha en el pasillo, sino abajo, en el

fumador. Había cinco hombres allí. Los ojos de los cinco estaban fijos en ella. El hecho le produjo a Robbins una pueril satisfacción.

La satisfacción le duraba todavía cuando salieron a la calle. A la puerta del hotel se encontraba estacionado un soberbio «Alfa Romeo» blanco y plata. Florence abrió la portezuela.

—¿Este cacharro es suyo?

Ella asintió, sentándose al volante. Robbins se instaló a su lado. El interior del coche estaba impregnado en un suave perfume.

—¿No le gusta?

—No pensaba en si me gusta o no. Pensaba en el bobo de Charlie Taylor y en su «Kaiser» azul.

—Olvídese de Charlie.

—¿Ya no es necesario que yo me parezca a él?

—Usted no se parece a él. —Florence puso el coche en marcha y suspiró—. Si se le pareciera, no le hubiese ni mirado la cara.

—Pero a pesar de todo. ¿Charlie existe?

—¿Tanto le importa? Pues no, no existe, claro que no. Forma parte del método. Confusión, episodio número uno.

Robbins se reclinó en el asiento.

—Es usted absurda —dijo.

Y ninguno de los dos volvió a hablar hasta que llegaron al Sporting Club. A partir de entonces, Robbins se abandonó al curso de los acontecimientos. A ciegas. Pensó que con tener aquella estupenda criatura al lado, con oír su charla, con ceñirla entre sus brazos en la pista de baile, era suficiente.

Pero no lo fue. Habían cenado, conversado y bailado cuando una idea inquietante comenzó a apuntar en el cerebro del periodista. Estaban meciéndose al compás de un *blues*, sobre el cristal luminoso de la pista, en el rectángulo que delimitaban los centenares de mesas —*smokings* blancos, escotes, joyas, espaldas desnudas—, y la idea iba creciendo, hinchándose, agigantándose, convirtiéndose en una pavorosa obsesión. Robbins se resistió al principio, a darle crédito, trató de reprimir su fantasía. Fue en vano. En un momento dado, la idea le invadió, se apoderó de él.

Apartó un poco de sí a la muchacha y examinó su bello rostro. Le produjeron un vago aunque agradable desasosiego sus labios encendidos, sus finas facciones, su limpia tez, sus ojos cálidos, su garganta, sus hombros. Se preguntó si podía ser cierto, si podía ser

humanamente cierto lo que estaba pensando.

Luego, el *blues* terminó. Robbins condujo a Florence hacia su mesa.

—Discúlpeme un instante, paloma.

Ella fue a protestar que la abandonara, pero antes de que lo hiciera, ya Robbins se había alejado.

Junto al bar, en un corto pasillo, estaban las cabinas telefónicas. El periodista se metió en una, descolgó el aparato y no lo soltó hasta haber localizado al cónsul. Tuvo, en cierto modo suerte. El propio Grimm le dijo, desde el consulado, que le encontraría cenando en Pierre's. Llamó y estaba allí.

—Lo que he de pedirle le sorprenderá —dijo Robbins—, pero intento realizar un experimento de cuyo resultado dependen muchas cosas.

La voz del cónsul sonaba cansada:

—Adelante.

—¿Usted tiene en el consulado alguien que hable varios idiomas?

—¿Qué idiomas?

—Húngaro, por ejemplo.

—Sí.

—Pues necesito que le envíe inmediatamente al Sporting Club. Debe mezclarse entre la gente, aproximarse a mí y pronunciar, de modo que la joven que me acompaña la oiga, una determinada frase.

—¿Una frase?

—Supongamos que diga: «¡Cuidado! ¡Hay gente que no es lo que parece!».

El cónsul, de momento, no replicó.

—Robbins —articuló luego—, ¿no estará usted borracho?

—¡Todo el mundo teme que esté borracho! ¡No, señor, no lo estoy! ¡Se trata de algo muy serio!

—¿Es serio que se pronuncie esa frase? ¿Y en húngaro?

—No discutamos, señor. Envíeme la persona, sea hombre o mujer, lo mismo da. Alecciónela, fíjese bien en todo. Debe aproximarse sin llamar la atención, mejor cuando bailemos, soltar la frase por sorpresa y retirarse apresuradamente. Muy en particular, importa que la dama que estará conmigo no le vea hasta

que haya hablado. Que no falle nada, señor, se lo ruego. Lo que resulte de esto es fundamental, lo mismo para usted que para mí. No le engaño.

—Está bien —repuso el cónsul, de mala gana—. Ha dicho en el Sporting Club, ¿no? —Sí, y enseguida.

Robbins colgó el teléfono, se sacó un pañuelo del bolsillo superior del *smoking* y se secó el sudor de la frente. Despacio, regresó junto a Florence, que le esperaba fumando un cigarrillo y sosteniendo desafiante las miradas de dos hombres sentados a una mesa contigua.

Menos de media hora después, el experimento se realizaba. El enviado del cónsul, que fue un hombre, cumplió su misión exactamente como Robbins la había previsto. Sucedió mientras bailaban una rumba lenta y caliente que un negro vestido de gris vocalizaba ante el micrófono. Robbins estrechaba a la joven contra sí, aspiraba su exquisito perfume y sus cabellos le acariciaban la cara. En aquel momento, a su lado mismo, alguien habló rápida y vehementemente en un idioma extraño.

Robbins sintió cómo la muchacha se estremecía. Inmediatamente la apartó, al tiempo que ella volvía la cabeza para ver al hombre que acababa de hablar. No le vio, pero el periodista sí. Se abrió paso entre los bailarines, alcanzaba entonces la primera fila de mesas. Era un individuo de rostro marchito, vestido de negro, cargado de espaldas.

Los ojos de Florence traicionaban su desconcierto. Un rictus nuevo apareció en las comisuras de su boca. Titubeó, quiso sonreír, y luego se ciñó a Robbins para que éste no le viera la cara.

—¿Se ha asustado? —preguntó él, burlonamente.

La réplica de la muchacha fue un susurro:

—¿De qué iba a asustarme?

—Me lo ha parecido. Un hombre dijo algo, de repente, ahí y noté como si hubiera usted recibido un golpe. Bueno, ¿qué dijo? ¿Lo entendió?

Ella se libró inesperadamente de sus brazos.

—No lo entendí. Estoy cansada. Vámonos, Milton.

—Se cansa pronto. ¿Era una velada así la descrita en el libro de nuestras vidas? No parece muy interesante.

Florence salió de la pista sin responder.

Ella miraba obstinadamente hacia adelante. Estaría aterrorizada hasta la agonía, y, sin embargo, ni siquiera lo dejaba entrever.

—Le llevaré a su hotel —dijo.

—Esto parece un episodio de la historia de Charlie, sólo que al revés.

—Le he pedido que se olvide de Charlie.

—¿También de su historia?

—No quiera mostrarse ingenioso.

—Se ha desinflado, ¿eh? Bueno, ¿qué pasa? ¿Para esto se tomó la molestia de presentarse en mi habitación y comportarse como una vampiresa de película barata? ¿Es humo de pajas, al fin y al cabo?

Florence hizo un esfuerzo por recobrar su anterior actitud.

—Suponga que me ha defraudado. Eso es lo que pasa, ahora como casi siempre. Consecuencia de que todos los hombres estén cortados por el mismo patrón...

Sus manos apretaban nerviosamente el volante.

—Siga buscando —dijo Robbins—. El galán de sus sueños estará en cualquier parte, puede que en la primera esquina —rió—. Vamos, no lo tome de ese modo. Yo soy como soy. No me cambiaré por darle gusto.

—Cállese —replicó ella.

Cuando el coche se detuvo ante el Albert I, el periodista preguntó:

—Así, ¿esto es definitivamente el último capítulo?

—Sí.

Robbins escrutó un segundo el perfil de la muchacha. Luego, con absoluta tranquilidad, se inclinó hacia ella y la besó.

Al terminar, Florence se cubrió la cara con las manos.

Hubo un raro silencio.

—Necesito pedirte una cosa —susurró Florence.

—¿El beso ha sido el precio?

—Necesito pedirte que salgas de Montecarlo ahora mismo, esta noche, sin esperar más. Te pediría también que me llevaras contigo si no supiera que ibas a negarte.

Robbins la tomó de las muñecas y le apartó las manos de sus solapas.

—¿Qué significa eso?

—No lo entenderás, no lo entenderías nunca, nunca, por muchas palabras que emplease para explicarlo. Las palabras no sirven. Supón... supón que hay algo en ti que me atrae sin remedio... supón que te quiero desde que te vi por primera vez... Oh, es inútil, es inútil y absurdo.

—Estás desvariando.

—Milton —replicó ella, lentamente—, *estoy tratando de salvar tu vida*.

Robbins contuvo el aliento.

—¿Es verdad?

—¡Dios mío nunca he dicho una verdad mayor! Milton, ¿para qué engañamos mutuamente? Ese hombre del Sporting Club obedecía tus instrucciones, no es necesario negarlo. Perfectamente, eres listo, yo he jugado con fuego, tú ganas. Y luego, ¿qué? Me entiendes perfectamente, sí que me entiendes, Milton. No es posible detenerse ya: tú mismo has firmado tu sentencia de muerte. Lo único que pretendo es impedir que se cumpla.

—Como se cumplió la del comisario Latour, ¿no?

—Milton, tú me entiendes.

El periodista abrió la portezuela, se apeó y se acodó en la ventanilla.

—Te entiendo de sobra, muñeca. Precisamente por ello me resisto a creer en tu sinceridad. Es una lástima, pero esto ha terminado.

—¡Milton!

Robbins la miró por última vez, tan indescritiblemente hermosa, tan mujer, tan inquietante, con sus luminosos ojos brillantes de lágrimas. Hizo una mueca y retrocedió. Luego dio media vuelta y entró en el hotel.

CAPÍTULO XIV

Cantin llamo por la mañana.

—*Monsieur*, ¿qué debo hacer? —preguntó de buenas a primeras.

—¿Qué ocurre? —replicó Robbins.

—Lo sé todo, absolutamente todo. El *Deuxième Bureau* ha enviado dos hombres con poderes especiales. Están furiosos, quieren hablar con usted y van a entrar en acción a toda prisa.

—¿Le han contado lo de la Saint-Simon?

—Sí.

—¿Inspeccionó usted la villa de la calle de Champollion?

—Lo hice, *monsieur*. Esa villa la alquiló a comienzos de verano un americano llamado Marshall, a través de una agencia, y por el momento no la habita. Marshall es desconocido aquí. Comprendí su interés en que visitara la casa, *monsieur*, cuando vi las huellas, la ginebra, las ropas y todo lo demás. Mandé levantar impresiones dactilares y tomar datos de las pisadas. La mancha que había en el suelo, según el análisis, es sangre humana, sangre derramada recientemente.

—¿Dejó la casa bajo vigilancia?

—Puse a un hombre, pero nadie ha ido allí.

—¿Sigue todavía?

—Sí.

—¿Y el teléfono de la señora Weekes?

—Recibió una llamada esta noche, sobre la una. Poca cosa.

—¿Por qué?

—¿Recuerda usted la nota escrita en la casa? Pues bien, en cuanto descolgó el aparato, la señora Weekes preguntó a su interlocutor, que era una mujer, si hablaba desde una cabina pública. La mujer contestó que no, y ella dijo: «Estúpida, cuelga inmediatamente». Esto fue todo.

—¿No se mencionaron nombres?

—No, *monsieur*.

—¿Ha investigado los antecedentes de la señora Weekes?

—Sé lo poco que puede revelar el consulado de Gran Bretaña: la señora Weekes procede de Leeds, su pasaporte está en regla, lleva viviendo en Mónaco alrededor de un año y se ausenta frecuentemente, a veces por largas temporadas, pero nunca con carácter más o menos definitivo: si se va, retiene su habitación en el hotel.

—¿No hay más?

—Una sola cosa, *monsieur*: la señora Weekes se marcha hoy.

Robbins tuvo un sobresalto.

—¡No!

—Es cierto. Ha hecho su equipaje y ha encargado billete para Marsella. En Aux Belles Françaises tienen su cuenta a punto.

—¿Usted la dejará partir?

—Necesito una acusación concreta para impedirselo. Y no veo claro... Ésta es una de las razones por las que los hombres del *Deuxième Bureau* quieren hablar con usted. Buscan una base para ponerse a trabajar.

—Un momento, inspector. Permítame que reflexione.

Hubo un silencio largo y pesado. La mirada de Robbins se iba endureciendo a medida que transcurrían los segundos.

—Inspector...

—¿Sí?

—Esta misma mañana dispararemos la traca final. Compóngaselas como pueda, pero bloqueé a la señora Weekes en su habitación del hotel. Atranque su puerta y desconecte su teléfono, si es preciso, y evite a toda costa la intervención del consulado británico. Ya sabe usted cómo se ponen los ingleses si les parece que en algo se ha lesionado su soberanía. Luego...

—¡Por Dios, *monsieur*!

—¡No escandalice! Luego avise al cónsul de Estados Unidos y lleve a Aux Belles Françaises a Jason Stockes y a una joven norteamericana que se llama Florence Miller y reside en el hotel Des Jeux. Lo que vamos a hacer, más o menos directamente, les afecta a los dos. Fíjese bien en lo que le digo, inspector: Jason Stockes y Florence Miller. No admito excusas. Deténgalos, llévelos por la fuerza, pero los quiero allí. Y mucho cuidado con la

muchacha: si puede, escapará a la encerrona. Está sobre aviso, sabe que, de un momento a otro, algo va a ocurrir.

—¿Florence Miller? —articuló Cantin, estupefacto—. ¿Quién es?

—Una incógnita clave en nuestro problema. Haga lo que le pido, inspector, y usted verá cómo se dispara la traca. Iré al hotel dentro de una hora; téngalo, para entonces, todo preparado.

—Usted me aturde.

—Lo supongo.

—Pero *monsieur*, ¿eso significa que para usted el caso está resuelto?

Robbins rió.

—Lo hubiera estado mucho antes de haber tomado en consideración desde el principio que en este embrollo hay un toque artístico de mano maestra. Un toque artístico, inspector. ¿No atina con lo que quiero decir?

—No.

—Bueno, dentro de una hora se aclarará.

Cantin emitió mi sonido raro.

—¿Tiene pruebas? —preguntó a media voz.

—Ahora saldré a comprarlas.

—¡A comprarlas! ¡Dice que a comprarlas!

—Le he rogado antes que no escandalice. Sí, a comprarlas, ¿por qué no? Todo puede comprarse. Depende del precio que se está dispuesto a pagar.

—Usted se complace en confundir deliberadamente las cosas.

—¡Al contrario! Se quedará boquiabierto cuando vea lo confusas que son de por sí. Hasta dentro de una hora, inspector. No me entretenga.

—Aguarde, *monsieur* —suplicó Cantin, anhelante—. Si de todo esto resulta un desastre... si usted... en fin, si hay un error y...

—No se preocupe.

Robbins colgó rápidamente el teléfono y esperó un momento con la mano apoyada encima de él. Después lo descolgó nuevamente. Cuando tuvo línea, marcó el número del consulado.

—Avisé a Grimm —pidió. Un breve intervalo, hasta que el conserje se halló al otro extremo del hilo—. Grimm, soy Milton Robbins. Necesito que dentro de una hora se encuentre usted en Aux Belles Françaises. ¿Podrá?

—Lo procuraré.

—Consígalo a toda costa. Nada más.

Llamaron a la puerta, recién cortada la comunicación. Robbins fue a abrir. Un muchacho uniformado le tendió un pequeño pliego amarillo.

—Un cable, *monsieur*. Tenga la bondad de firmar.

El periodista firmó, le dio una propina y cerró la puerta. Con el cable en la mano regresó al teléfono, consultó la guía y llamó a casa de Jonathan Moss. Moss se hallaba ausente, le dijo a su mujer.

—¿Ausente de Montecarlo? ¿En Niza?

—No, está aquí. Salió hace un rato.

—Señora, es preciso que intente usted localizarle. Avísele de parte de Milton Robbins que dentro de una hora se encuentre en Aux Belles Françaises. Le interesará.

—¿Le interesará?

—Eso creo.

—¿Es por lo de Kitty Morgan?

—Sí.

Robbins depositó el aparato en su horquilla, se sentó, encendió un cigarrillo y abrió el cable. Lo enviaba la oficina central de la cadena Ground, desde Nueva York.

«Exigimos confirme sensacional información remitida ayer. Sabemos no efectuadas detenciones en Mónaco caso factoría Saint-Simon. Autoridades, prensa, radio francesas ignorantes. Si información cierta, doblamos sueldo; si falsa, despido inmediato. Urge respuesta.

»Ground».

Sonriendo, Robbins hizo una bola con el papel y la arrojó a un rincón. Luego volvió a tomar el teléfono y llamó a la delegación de la agencia Havas.

—¿Está Perroux? —preguntó. El fotógrafo no estaba—. Búsquenle y díganle que dentro de tres cuartos de hora pasará a recogerle por ahí. Es importantísimo.

—¿Quién llama?

—Milton Robbins.

—Muy bien.

Con un suspiro, el periodista abandonó definitivamente el teléfono. Se puso la chaqueta, se anudó la corbata y sacó de la cómoda donde guardaba sus efectos, un portafolios. Con él bajo el brazo, descendió al vestíbulo.

—Jacques —le dijo al empleado del *comptoir*—. Si hubiera usted de comprarse unas gafas, ¿a qué óptico iría?

El hombre titubeó.

—Hay varios.

—Uno.

—Dussagne es el más cercano. En la avenida de Francia, junto a esta calle, a la izquierda.

—Y si se le cayera a usted el pelo y hubiera de encargarse un bisoñé, ¿adónde se dirigiría?

El empleado hizo un gesto de asombro.

—¿Un bisoñé, *monsieur*?

—Eso digo.

—Pues... quizá en la peluquería de la Opera.

—Excelente. ¿Dónde queda?

—Al comienzo de la calle de Germain Leduc.

Robbins le dio las gracias y salió del hotel.

Tres cuartos de hora después pasaba por la oficina de la agencia Havas, donde Perroux le esperaba con el *flash* colgado del hombro.

—¿Es cierto que pediste por mí?

—Te necesito. Las fotos que sacarás van a cubrirti de gloria.

Perroux tenía su «Renault» estacionado en la esquina. Abrió la portezuela, dirigiendo al americano una dubitativa mirada.

—¿Destino? —inquirió, sentándose al volante.

—Aux Belles Françaises.

Cantin, el consul y dos hombres más estaban en el vestíbulo del viejo hotel cuando llegaron. El inspector parecía nervioso. El cónsul ponía mala cara. Fue éste quien habló:

—Robbins, no sé qué pensar de usted. Es ridículo... es arbitrario... Me resisto a creer que haya perdido el seso, por más que todo parezca indicarlo así.

—Ojalá lo hubiera perdido —replicó secamente el reportero. No demostraba la menor alegría—. ¿Todo a punto, inspector?

—¿A punto de qué? Si se refiere a si han llegado los invitados,

sí. Esperan ahí, en ese salón.

Robbins, con los dedos, contó:

—Jason Stockes, Florence Miller, Moss, Grimm, la señora Weekes, ¿falta alguno?

—La señora Weekes está en su habitación.

—Envíe a por ella.

Uno de los dos hombres se adelantó.

—Eso es completamente irregular —dijo en francés—. Le he aconsejado al inspector Cantin que no lo consienta.

—¿Quién es usted?

—Duval, del *Deuxième Bureau*. —El hombre señaló con el pulgar a su camarada—. Y el comisario Santerre.

Robbins se volvió al inspector.

—¿Lo consiente usted, a pesar del consejo? A fin de cuentas, aquí es usted quien manda. ¿Qué dice?

Cantin se encogió patéticamente de hombros.

—¿Qué puedo hacer? ¡*Mon Dieu*, así me tragara la tierra!

—Envíe a por la señora Weekes —insistió fríamente Robbins—. Necesito, cuando haya salido, practicar en su habitación una breve pesquisa. Usted me acompañará, Duval. Y usted, Perroux.

Duval miró al inspector y éste asintió. Los cuatro hombres, dejando al cónsul y a Santerre en el vestíbulo, se dirigieron a la escalera y ascendieron al piso segundo. Cantin llamó a la puerta número veintidós. La abrió un gendarme. Saludó.

—Conduzca a *madame* Weekes abajo, al salón, dónde están los demás —dijo el inspector—. Aprisa, no ponga esa cara.

Los cuatro hombres esperaron en el pasillo un momento. Luego, el gendarme sacó a la mujer. Robbins observó con sorpresa que iba esposada. Despeinada, encendida su cara de caballo y ardientes los grises ojos, no había perdido ni un ápice de su victoriana altivez. Al salir posó en el cuarteto una mirada salvaje.

—Esto les costará caro —dijo entre dientes—. Les costaría caro ahora mismo, si tuviera las manos libres. Miserables extranjeros, carne de horca, mercenarios del diablo... malditos herejes...

El gendarme la obligó a caminar.

—¿Qué es lo que ha pasado? —inquirió Robbins.

Cantin, con un cansado gesto de cabeza, señaló a Duval.

—Ésta es una de las cosas irregulares. *Madame* Weekes, cuando

he querido impedir su marcha, se ha mostrado irascible, intratable; ha... ha sufrido un acceso de locura, diría yo. ¡Espantoso, *monsieur*, qué escena! Me he visto precisado a usar de la violencia para reducirla, y crea que no suponía a una mujer tan anciana poseedora de un vigor tan grande. Lo he lamentado mucho, muchísimo, pero lo que usted declaró acerca de la villa de la rue Champollion me obligaba a medidas extremas. En la situación a que hemos llegado, sin embargo un error me sería fatal, ¿usted comprende?

El fotógrafo ponía cara de pasmo. Robbins le miró asintió y le apoyó al inspector una mano en el hombro.

—No habrá error —dijo.

Los cuatro hombres entraron en la habitación.

CAPÍTULO XV

El salón estaba muy lleno, Había en él seis gendarmes, uno a cada lado de la puerta, y los demás al fondo. En el fondo se hallaban Moss, Grimm, el comisario Santerre y, junto al ángulo, la señora Weekes; a la derecha, sola, sentada, inexpresiva fumando, vestida de color amarillo y turbadoramente bella, Florence Miller; a la izquierda, el cónsul y Jason Stockes. En el ambiente flotaba una tensión dolorosa, asfixiante como el viento del desierto. El silencio dolía.

Cuando traspuso el umbral, seguido de Cantin, Duval y Perroux, Robbins, que llevaba en la mano un frasco y bajo el brazo el portafolios, dirigió instintivamente sus ojos hacia Florence. Ella ni siquiera le miró. No miraba a nadie ni a nada.

Perroux hizo funcionar el *flash* para captar la escena.

—Estamos aquí, unos voluntariamente y otros a la fuerza —dijo el periodista, sin alzar la voz—, con objeto de resolver una serie de cuestiones que a todos nos atañen. No quiero soltarles discursos, sólo explicaré lo imprescindible. Antes, empero, para que sea posible la explicación, debo aclarar un par de cosas. Miren —alzó el frasco, mate y de boca ancha, lleno por la mitad de una sustancia de color rosado—, esto ha sido encontrado en el cuarto de aseo de la señora Weekes en presencia de tres testigos. Es un depilatorio de tipo especial, ideado para los hombres como nuevo procedimiento de afeitado, pero que no suele usarse porque, con el tiempo, quema y extirpa el vello de la cara. Lo utilizan, en cambio, muchas mujeres. Se aplica por la noche, y por la mañana ha obrado ya su efecto. Lo único que quiero destacar es que la señora Weekes lo empleaba, no como mujer, sino *como hombre*. Esto nos servirá de punto de partida para lo que viene a continuación.

Robbins abrió su portafolios y echó a andar en dirección a la dama. Viéndole acercarse, ella se levantó.

Dos gendarmes la sujetaron. Su alta, flaca y negra figura se contorsionó frenéticamente. El contraste entre su actitud y el halo de frío puritanismo en que acostumbraba a estar envuelta era grotesco, monstruoso, irritante como una inversión de las leyes de la naturaleza; provocaba una sensación elemental de horror, como el que emana de las pesadillas.

Sin pronunciar una palabra, Robbins se precipitó sobre ella. No tuvo el menor miramiento; cerró el puño y se lo incrustó en la mandíbula. La cabeza de la señora Weekes se dobló hacia atrás violentamente y chocó contra la pared. Fue un golpe feroz. La mujer perdió al instante el conocimiento, y hubiera caído de no sostenerla los gendarmes.

El periodista operó sin prisa ninguna.

Hubo un murmullo de asombro cuando se apartó.

—¡Inno Zarakelian! —dijo Grimm, en un tono casi inaudible.

La cara caballuna de la señora Weekes aparecía coronada por el revuelto cabello y enmarcada en una bíblica barba.

Cantin dejó oír una risa seca y nerviosa:

—¡Qué extraordinario!

Perroux disparó el *flash*. Robbins dijo:

—Yo vi a la supuesta señora Weekes cuando se hallaba a solas en la villa de la calle de Champollion y creía que nadie la observaba. Su modo de moverse me reveló inesperadamente la verdad, porque era idéntico al del párroco de mi pueblo cuando regresaba de dar su paseo cotidiano con el bastón al hombro. Así mismo se lo dije al inspector. —Robbins se volvió a Cantin—. ¿Lo recuerda? No supe al principio lo que la extraña asociación de ideas significaba, hasta que caí en la cuenta de que nacía del hecho de que el párroco era *un hombre que andaba con faldas*. De esto a suponer que la señora Weekes era también un hombre con faldas, un hombre disfrazado de mujer, no había más que un paso, y yo lo di. Ahora bien, ¿qué hombre era? —El periodista se encogió de hombros—. Por lógica por lo que estaba ocurriendo, no podía ser sino el desaparecido Zarakelian. Su retrato, publicado en la revista *Monde Populaire*, me lo confirmó. Aquí lo tienen. —Robbins sacó la revista del portafolios y se la entregó al comisario Santerre, quien la llevó a Duval—. Como han oído, Grimm le ha reconocido sin sombra de duda. Si alguien más le vio, no creo que haya tampoco

titubeado.

Hubo un silencio, en tanto Duval, Santerre y el cónsul, que se les había unido, contemplaban alternativamente la fotografía, y al hombre barbudo vestido de mujer. Zarakelian, entre las manos de los gendarmes, seguía sin conocimiento.

—Ésta es la primera aclaración nada más —dijo Robbins, con voz tensa—. Hay otra.

De nuevo introdujo la mano en el portafolios.

Pero antes de que la sacase y echara a andar, tranquila e indolentemente, Florence Miller se puso en pie. Todas las miradas convergieron en su portentosa figura, que el vestido amarillo moldeaba como con amor. Parecía cansada y, además, infinitamente triste. La sombra de una tragedia invisible daba realce, en su exótica cara, al brillo febril de los ojos.

Habló despacio:

—Conmigo no es necesaria la prestidigitación —dijo—. Soy *Nan Carruthers*.

El silencio adquirió una calidad angustiosa.

—¡Nan!

El nombre lo había pronunciado Jason Stockes como un ladrido.

—Cállese, imbécil —le conminó roncamente Robbins.

—¡Nan! —insistió él con las pupilas dilatadas de asombro—. ¡No, Dios sea loado, imposible! ¡Imposible!

Robbins extraía del portafolios una peluca de cabello peinado en dos bandas, con moño atrás, y un par de gafas.

—¿Quiere una prueba?

—Guarda eso —dijo la muchacha, que no había mirado en dirección a Stockes ni una sola vez—. Milton, no hagas el momento más difícil. Has ganado, ya ayer admití que habías ganado. Hurgar en la herida es una crueldad. Déjame en paz, es lo único que pido.

El periodista se mordió los labios.

—Entonces —preguntó Cantin—, ¿quién fue la mujer muerta en el balandro?... ¡Oh, ya entiendo! ¿Kitty Morgan?

Nadie, al pronto, respondió. Robbins se había vuelto de espaldas. En esta posición, finalmente, articuló:

—Sí.

—Es horrendo. —Al inspector le temblaba la voz—. Ahora empiezo a ver claro. Nan Carruthers, descubierto el hilo que desde

el robo en la factoría Saint-Simon conducía hasta ella, se libró del peligro de una detención cambiando radicalmente de personalidad. El modo más seguro de conseguir esto, el único modo definitivo, era que se certificase oficialmente su defunción. Para ello necesitaba que otra persona muriese en su lugar. Y Kitty Morgan fue elegida al puro albur, sólo porque Inno Zarakelian la conocía y sabía que, coincidiendo con su viaje desde Niza, nadie la echaría de menos en unas horas. Fue asesinato a sangre fría. Esa pobre muchacha murió sacrificada a los planes de una gente sin escrúpulos para quien las vidas humanas no cuentan... ¡Oh, Dios, qué espantosa brutalidad!

Robbins encendió un cigarrillo y dio media vuelta. Estaba pálido.

—Todo eso es cierto —declaró—. Kitty Morgan fue estrangulada, vestida con las feas ropas de Nan, llevada al yate de Allenby y rociada con petróleo. Se tuvo buen cuidado de proteger sus pies con el colchón de la litera para que la identificación, aparte el anillo, fuera posible. Luego, cuando la escenografía estuvo montada y se había armado en torno a la desaparición de Nan, el ruido suficiente y yo andaba investigando el caso de un lado para otro, el balandro ardió. Destaqué una vez que era absurdo semejante procedimiento para deshacerse del cadáver. Claro que lo era. Su verdadera finalidad apuntaba, por el contrario, a que el cadáver fuese descubierto, y a que fuese descubierto quemado, irreconocible, por añadidura. En cuanto a los detalles de la realización —Robbins señaló a la muchacha—, puede que ella quiera revelarlos.

—¿Cómo murió Kitty Morgan? —preguntó secamente Cantin.

Nan Carruthers sostuvo su mirada.

—Inno fue a Niza y le pidió que le trajera a Montecarlo en su coche. Por el camino... ocurrió lo demás.

—¿Quién es Zarakelian? ¿Un agente soviético?

—Trabaja por cuenta propia. Compra informes y los vende al mejor postor.

—¿Organizó él el robo en la Saint-Simon?

—No; él adquirió las fotocopias y las traspasó a los rusos.

—¿Quién se las vendió?

—Yo.

Los dos hombres del *Deuxième Bureau* se adelantaron.

—¿Ha sido el primer golpe que usted ha dado? —preguntó Duval.

—Hubo antes otros, de menor importancia.

—Luego, usted contaba ya con una organización en funcionamiento.

—Sí.

—¿Por qué abandonó París y se vino a Montecarlo?

—En parte, por razones de salud, y en parte para alejar lo más posible las sospechas de mi persona. Así era sumamente fácil el contacto con Inno.

—¿Siempre operó usted a través de Zarakelian?

—Pagaba bien y lo compraba todo.

—¿Sus actividades se limitaron al espionaje? ¿Hubo algo más?

—Por lo que a mí se refiere, sólo espionaje.

La deliberada serenidad de la muchacha parecía imponerle a Duval cierto respeto.

—¿Cómo surgió el plan del cambio de personalidad? —continuó preguntando, con menos dureza.

Nan respiró profundamente.

—Eso estaba proyectado desde el principio. Es difícil de explicar. Yo quería liberarme algún día de todo y de todos, olvidar, vivir una vida nueva. No precisaba más que dinero y fui consiguiéndolo poco a poco aprovechando mis oportunidades. Me impuse a mí misma un tipo, todos saben cuál: mi carácter, mi modo de vestir, mis aficiones han sido suficientemente divulgados. Yo necesitaba que se divulgaran y lo logré. El golpe de la Saint-Simon precipitó las cosas. Fui avisada de las detenciones practicadas por el *Deuxième Bureau*, comprendí que no tardaría en ser descubierta y opté por retirarme. No he tenido suerte, eso es todo.

—¿Por qué utilizó Zarakelian un disfraz de mujer?

—De un lado, para respaldarme; de otro, porque le divertía.

—¿De quién fue la idea?

—Mía.

—¿Cómo se las ingeniaba para no despertar sospechas?

—Se valía de la villa de la rue Champollion, que era nuestra última base. Allí cambiaba un disfraz por otro. Cometimos el error de dejamos ver juntos una sola vez, y Grimm nos descubrió en el café de la Riviera. Una lástima. Las consecuencias han sido mayores

de lo que era de esperar.

—¿Qué ha sido de las ropas de Zarakelian?

—Las destruyó cuando dejó de existir como tal.

—¿Cuándo fue?

—Después de la muerte de Kitty Morgan.

—¿Por qué no destruyó también las ropas de ella?

—Yo tuve la culpa. Las llevé a la villa, y luego no hubo tiempo ni lo recordamos.

Santerre intervino:

—¿Cómo y por qué murió el comisario Latour?

La muchacha se volvió a él.

—Zarakelian entró la otra noche en la que había sido mi habitación para asegurarse de que, como esperaba, Milton Robbins la había registrado. Aunque no le vio, ese hombre, Latour, se encontraba en el cuarto de aseo y debió de sorprenderle la visita. Cuando Zarakelian se trasladó a la rue Champollion para entrevistarse conmigo, que era ya Florence Miller, le siguió. Tuvo que eliminarle.

—¿Cómo? —insistió Santerre.

—Le golpeó con su bastón al verse descubierto. Luego bajó su cadáver a la orilla del mar y lo arrojó al agua.

—¿Estaba usted allí?

—Llegué después.

El rostro de Santerre se había nublado.

—Explíquenos por qué razón se disponía hoy Zarakelian a emprender la fuga; qué ha sido lo que le ha alarmado, si algo le alarmó.

La muchacha se encogió de hombros.

—Algo me alarmó a mí, no a él. Anoche supe que Milton Robbins me había desenmascarado, que tenía perdida la partida sin remedio. Fui a la rue Champollion y tuve la buena fortuna de advertir a tiempo que la casa estaba vigilada por un gendarme que fumaba en el jardín. Llamé por teléfono a Zarakelian y de lo abrupto de su respuesta deduje que era necesario adoptar precauciones. Este hotel se encontraba también vigilado. Por tanto, escribí una nota, alquilé un muchacho y le encargué que la deslizara por debajo de la puerta de su habitación, después de subir por la escalera de servicio. Era arriesgado, pero resultó.

—Sus hombres no demostraron mucha sagacidad —le dijo Duval, ceñudo, a Cantin. Luego se dirigió a Robbins, que asistía rígido e inmóvil al interrogatorio—. Usted ha descubierto la mar de cosas; pero ¿cómo localizó a Florence Miller? ¿Cómo la identificó con Nan Carruthers?

—Me localizó ella —replicó el periodista, entre dientes—. Pregúnteselo.

—El destino se burló de nosotros —articuló la muchacha—. Yo sabía que alguno de mis compatriotas iba a investigar mi desaparición, porque se había levantado a su alrededor suficiente polvareda, y me mantuve a la expectativa. No conocía a Robbins, pero le vi apearse apresuradamente de un taxi a la puerta de este hotel y le hice unas preguntas al conductor. Ni remotamente supuse que a raíz de aquellas preguntas consiguiera encontrarme. Cuando ocurrió así, empero, no me importó. Improvisé una farsa y me lancé de lleno a la aventura. Fue maravilloso, sólo que me equivoqué al creer que mi nueva personalidad no tenía puntos vulnerables. Milton Robbins se mostró más listo que yo. Jugué con fuego y me he quemado. Se ha hundido todo, pero lo curioso —Nan buscó con la mirada el rostro del periodista—, es que tampoco me importa. Merecía la pena. Pude huir anoche; en cambio, avisé a Zarakelian para que huyera él y me he quedado a esperar el final. El inspector Cantin dirá si he venido o no de buen grado.

—¿Eso significa que se arrepiente? —inquirió Duval.

—Todo lo contrario. No me arrepiento de nada.

—Entonces...

—Cállese —dijo abruptamente Robbins—. Terminemos con esto de una vez.

Duval les miró a él y a la muchacha.

—Bien, *monsieur* Robbins, ¿cómo llegó usted a conocer la verdad?

Robbins se metió las manos en los bolsillos.

—Fue un proceso lógico y creo que está ya suficientemente explicado. Mi primera sospecha nació al ver las acuarelas que Nan Carruthers tenía en su habitación: eran excelentes y daban una idea sorprendentemente elevada de su calidad personal. Esto no rezaba con lo que Stokes y la señora Weekes me contaban de ella, pero sí con las características del caso a medida que éste se desarrollaba.

Pensé que, si todo era como yo suponía, una mano maestra había jugado con sus notas de color. Cuando conocí a Florence Miller ya no me cupo la menor duda. Florence era *lo que Nan Carruthers llevaba dentro*. Hice una prueba en el Sporting Club, la tomé de improviso y acerté. Según lo que de sí misma me había contado, Florence Miller no poseía idiomas; pero se asustó cuando alguien le lanzó una alarmante frase en húngaro, que era la lengua más familiar a Nan Carruthers. La evidencia estaba al alcance de la mano de cualquiera: faltaba comprarla. Se lo he dicho al inspector y no ha querido creerme. Sin embargo, bastaba una barba para transformar a la señora Weekes en Zarakelian, y una peluca y unas gafas para borrar la belleza y el cabello corto y teñido de Florence Miller.

—¿Nada más?

—Sí.

La mirada de Robbins reflejaba una helada determinación.

—De modo que hay algo más —murmuró Duval.

—¿Están ustedes ciegos? La desaparición de Nan Carruthers, como ella misma ha dicho, iba envuelta en una gran polvareda y necesitaba mucha publicidad en torno al carácter, los gustos, el vestido y las costumbres de la que fue corresponsal del Consulado; únicamente así se amparaba más y más la personalidad de la estupenda y alegre mujer llamada Florence Miller. Pero hay otra cosa. Es imposible que, desde su oscuro puesto en Montecarlo, Nan Carruthers interviniera en los golpes de la organización de espionaje más que como elemento diversificador y contacto con Zarakelian. Había alguien que indicaba el punto donde los golpes se debían dar; alguien, por ejemplo capaz de revelar que en la Factoría Saint-Simon eran asequibles los planos de unos modernos turborreactores. Alguien además, que contribuyó en primerísimo lugar a que se obtuviera de Nan una falsa impresión a que la atención pública se fijara en ésta, a que el engranaje de la búsqueda se pusiera en movimiento... Vamos, Duval, ¿no se da cuenta? ¡Pregúntele a ella quién es!

Algo extraño ocurrió a la izquierda de la sala.

—¡Quietos todos!

Jason Stockes había desenfundado una pistola. De su cara enjuta, donde los largos dientes brillaban blanquísimos, se había

esfumado toda expresión de estupidez. Una mueca diabólica le hacía prácticamente irreconocible. Su cuerpo estaba lleno de una tensión animal y sugería la imagen de una fiera selvática a punto de lanzarse sobre su presa. Encogido, de espaldas a la pared, movía lentamente el arma de un lado a otro.

—¡Que no salga! —ordenó Cantin a los gendarmes que guardaban la puerta. Stockes rió.

—No sea loco. Saldré cuando me venga en gana. Ya suponía que esto terminaría por ocurrir. Si sus hombres intentan detenerme, los coseré a balazos. Tú —hizo una seña a Nan—, vente conmigo. La muchacha se quedó inmóvil.

Robbins miró primero en dirección a Zarakelian, quien, aturdido pero ya consciente, seguía preso de los gendarmes. Luego se volvió a Stockes.

—Usted, desde su puesto en el Cuartel General de la NATO, era el verdadero jefe de operaciones de la organización; usted me lanzó a mí en busca de Nan, a sabiendas de que era periodista, precisamente para que armara el revuelo que se necesitaba, y me contó cuánto quiso y me envió a la supuesta señora Weekes para que ella completase el cuadro; usted, en fin, tenía a Zarakelian en su habitación cuando recibió mi inesperada visita, y le ayudó a derribarme a bastonazos y luego representó la comedia del tonto engañado, en honor mío. Stockes, ahora no podrá escapar. Sea razonable y suelte la pistola.

Stockes rió otra vez.

—Le digo que había previsto esto. Escaparé, no lo dude.

Echó a andar cautelosamente hacia la puerta. Una enloquecedora carga nerviosa pareció concentrarse en el ambiente del salón.

Súbitamente, en alguna parte del hotel, un aparato de radio comenzó a emitir el desgarrado lamento *be-bop* de una trompeta.

Robbins dio un paso para atajarle el camino a Stockes.

—¡Suelta la pistola!

Stockes se detuvo y le encañonó.

—Adelante —dijo sonriendo—. Adelante y le achicharro.

Robbins dio otro paso.

—Le matará —articuló el cónsul, débilmente.

El periodista no semejó oírle. Su rostro era el de un alucinado. El

cónsul, que le tenía casi delante, se estremeció. Y de pronto Comprendió que a Robbins no le importaba morir.

Con una rápida contracción y un chasquido. Stockes cargó la pistola. Se pasó la lengua por los labios.

—Va a suicidarse, Robbins —anunció.

Robbins dio un tercer paso hacia él.

El lloriqueo de la trompeta hería el silencio.

—¡Cuidado! —gritó el inspector.

Nan había abandonado bruscamente su actitud extática y cruzaba el salón a la carrera. Su esbelta forma amarilla, antes de que nadie pudiese impedirlo, alcanzó a Robbins, se situó ante él y se precipitó contra Stockes.

El brutal estampido de la pistola sorprendió a todos.

Fue el propio Stockes quien lanzó un alarido de horror.

Luego, el cónsul, agarró una silla por el respaldo, la volteó y se la aplastó en la cabeza, al tiempo que los dos gendarmes más próximos se le echaban encima. Stockes se derrumbó, convulsionándose. La pistola escapó de su mano e hizo un ruido siniestro al chocar contra el suelo.

Robbins no le dedicó ni una mirada. Tenía a Nan ceñida por la cintura, aguantándola en pie. Ella se apoyaba en su pecho y le estaba manchando la ropa de sangre. Junto al escote de su vestido podía verse la quemadura del tiro de Stockes. La bala se le había quedado dentro.

Grimm fue el único que se dio exacta cuenta de lo que pasaba.

—¡Un médico! —exclamó.

Robbins se volvió a él.

—No es necesario.

Tomó en brazos a la muchacha, la condujo a un diván y se arrodilló junto a ella. Nan agonizaba, pero hizo un esfuerzo por acariciarle la cara, y lo consiguió. Sus labios se movían, susurrando algo. Robbins se inclinó para oírla:

—Es... justo... que pague...

—No hables.

—Te quiero... has de creerlo... fue... maravilloso...

Perroux disparaba su *flash*, el salón estaba lleno de idas y venidas, de ruidos, de voces, pero Robbins no se enteró. Pensaba, con la mano muerta de la muchacha entre sus dedos; pensaba en el

golpe de suerte que el *multicolore* le procuró, y en cómo conoció a Stockes y en cómo allí mismo mudó el signo de su existencia; pensaba en las muchas cosas que terminaban en el preciso instante de su comienzo; pensaba en que su jefe, Ground, le doblaría el sueldo y le mandaría su enhorabuena, en que elegiría el destino que más le gustase y en que le aguardaban honores, popularidad, dinero, homenajes y toda una vida...

Pensarlo le dejó frío, helado, por dentro. Lejos, en alguna parte del hotel, lloraba sus últimas notas una aguda trompeta *be-bop*. A Robbins, sin saber por qué, le pareció que sonaban como un réquiem por Nan.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Aristóteles Onassis, magnate naviero argentino, de origen griego, adquirió en junio de 1953 el control de la mayoría de acciones de la sociedad Bains de Mer, a la cual pertenecen el célebre Casino, cinco hoteles de lujo, once restaurantes, una sala de ópera y un teatro.

< <

[2] Foreign Security Department, o Departamento de Seguridad Exterior, organismo de acción e información extranjera que depende la Secretaría de Defensa de Estados Unidos y cuyo jefe es el general Thomas A. Bascomb. < <